LOS ANALES

DE BUENOS AIRES

EN ESTE NÚMERO COLABORAN

WERNER BOCK
JORGE LUIS BORGES
PEDRO LEANDRO IPUCHE
RUDOLF KASSNER
ARTHUR MACHEN
JACQUES MADAULE
ANDRÉ MAUROIS
SILVINA OCAMPO
MANUEL PEYROU
LILY POWELL
MARIA ELENA WALSH
J. R. WILCOCK
C. V. RAMOS
NORAH BORGES
ESTHER HAEDO
AMANDA MOLINA VEDIA
MARIE ELISABETH WREDE
A. XUL SOLAR

AÑO II Nº 13

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ALAIN

He conocido a pocos grandes hombres, quiero decir sin falla en su metal. Podrían contarse con los dedos de una mano. Alain, el filósofo, es uno de ellos, y somos bastante numerosos los que lo sabemos, los que fuimos sus alumnos o sus lectores. Alain vivirá en las memorias, no lejos de Valéry, cuando muchos de los que ahora creen ingenuamente tener ganada la inmortalidad, estén olvidados.

En un texto anónimo, que fué publicado en 1932 por un alumno de retórica superior en el Henri IV, sobre Alain profesor, leo lo siguiente: "Vemos en esta enseñanza un movimiento de ideas mucho más importante, mucho más fecundo que el bergsonismo y sin la preocupación de parecer original o de encabezar una escuela... No es un secreto expresable en tres líneas, son mil secretos. Hay aquí un crecimiento de ideas vivas y al mismo tiempo una acción directa, optimista, viril, alegre, cuyo increíble efecto han sentido todos los discípulos, aún los menos sensibles".

Tal es el hecho. Hay en Francia algunos miles de hombres que dicen con orgullo, evocando su mejor recuerdo, proclamando su título más glorioso: "He sido discípulo de Alain". Así fué, entre otros, Jean Prévost, que tanta falta nos hace, que hubiera sido una de las cabezas pensantes de la nueva Francia y que declaraba en todo momento, cuánto debía a su maestro. En cuanto a mí, he dicho cien veces que le debo todo y hasta alguna de mis desgracias, pues me enseñó a tender mis redes demasiado alto. Pero su pensamiento es mi religión y es, además, firmemente religioso.

¿Cuáles son los secretos de Alain? Es inherente al secreto el estar oculto y yo sería incapaz de revelar a todos. Uno de los primeros, entiendo, es el contacto directo de Alain, maestro o escritor, con el mundo de las cosas y con el mundo del espíritu. Otros maestros, antes que él, me habían hablado de temas dignos de interés pero que, tratados por ellos, seguían escolares y como extraños a mí. Con Alain, el mundo real entraba en la clase con sus ejemplos concretos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Alain buscaba la verdad ante nosotros, con nosotros. Su clase era el combate cuerpo a cuerpo de un fuerte Edipo con el Universo Esfinge. Un hombre de genio pensaba en voz alta. Era improvisado, nuevo, excitante y misterioso.

El segundo secreto de Alain: el filósofo era un poeta. Gustaba sugerir la idea con imágenes, apólogos y parábolas. Con ellas jalonaba su curso. Algunas volvían casi a diario: la sirvienta del rabino, el sueño de la guillotina. Los *Propos* suyos que prefiero son unos poemas en prosa, especie de fábulas, que tienen la gracia de Cándido. Conoce bien la bóveda estrellada y sabe hacer de ella, como Shakespeare, la tela de fondo de sus dramas; ha conocido las pasiones del amor y sabe hablar de ellas como Stendhal. No abusa de la palabra sublime, pero no vacila en emplearla y nunca a destiempo.

Tercer secreto: el lector. Nadie ha leído como Alain. Leído y releído. Pocos autores. No se enreda con las exigencias de la moda: se mantiene fiel a algunos espíritus que jamás lo defraudaron. Filófos: Platón, Spinoza, Descartes, Hegel, Auguste Comte. Algunos poetas: Homero, Claudel, Valéry. Algunos novelistas: Stendhal, Balzac, Tolstoi, Kipling, más reciente, Proust. Algunos memorialistas: Retz, Saint-Simón, Chateaubriand, Napoleón. Y luego Montaigne, Rousseau, Voltaire. A veces agrega un nombre: por ejemplo, acaba de leer a Thiers "Y todo está ahí", dice. Lo esencial es que es hombre de pocos libros, pero ha hurgado hasta el fondo en sus preferidos.

Aclarado por él, un texto bruscamente se ilumina de bellezas insospechadas. A veces su clase de Rouen o de París, no era más que eso: lectura de una página de Homero o de Balzac y comentario del maestro. Algunos de sus libros: *Con Balzac, Leyendo a Dickens,* guardan imágenes de aquellas improvisaciones, que fueron obras maestras de un tipo único. He verificado con satisfacción que los hombres demasiado jóvenes para ser discípulos de Alain, han sabido, sin embargo, reconocer la profundidad de esta crítica reveladora. Claude Maurice, a quien yo elogiaba su libro sobre Balzac, me ha dicho espontáneamente cuánto debía a los análisis de Alain.

¿Hay otra cultura que saber leer bien? El defecto de casi todos los lectores profesionales es buscar el punto débil del autor. Desarman las doctrinas o las obras para destruirlas. Su historia de la filosofía es una serie de matanzas. El discípulo queda desesperanzado. ¿A qué sirve, se dice, y para qué tantos esfuerzos para demostrar la vanidad de las conquistas humanas? Alain, al contrario, hace resplandecer la verdad de cada sistema. Ni Platón, ni Spinoza, ni Hegel es la verdad absoluta. Pero cada uno de ellos es un aspecto de la ver-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dad. Augusto Comte tiene sus errores, pero lo que importa es la verdad de Augusto Comte. "No creo", dice Alain de Kant, "que ustedes lo hayan leído bastante, ni que nadie lo haya leído bastante". En todo caso nadie lo ha leído tan bien como Alain. En cuanto a mí, soy aún, con respecto a mi maestro, un pichón en el nido que desconfía de sus alas, y me gusta recibir de él mi alimento filosófico. No lo digiero sino ablandado por él.

En política, Alain era y es radical. En Rouen hacía propaganda por el partido y escribía en *La Dépêche*. Ahí nacieron los *Propos* que fueron honra del periodismo y de nuestra provincia. En ese entonces yo era conservador (a lo Disraeli) y de vez en cuando enviaba alguna respuesta a algunos *Propos* que me habían chocado. Alain la publicaba. Hoy el discípulo se ha unido al maestro y reconoce que este radicalismo salvaba la libertad del espíritu.

El hombre sostenía al filósofo y sabía llevarlo. Siempre nos enorgulleció. No le he visto jamás doblar las fuerzas del espíritu ante las del poder, las de la riqueza ni las del prestigio. Era ciudadano disciplinado, funcionario respetuoso de las leyes, atento a sus deberes, pero intransigente fuera de su empleo y haciendo frente, por principio, al poder. En esa época, esa rebelión constante me sorprendía un poco. He llegado a la conclusión de que es necesaria, pues el poder corrompe hasta a los mejores. Todo hombre demasiado poderoso enloquece. Así debemos defender a los gobernantes de ellos mismos, guardándonos de venerarlos. Hay que respetar las leyes, no los hombres y no saludar el sombrero de Gessler. Esa era la lección de nuestro maestro.

Con su brillo hubiera podido alcanzar todos los honores del talento. La Sorbonne y el Collège de France se hubieran honrado recibiéndolo. Nunca quiso nada y quedó profesor de liceo. No hago mérito de ello: amaba el oficio. Pero de esa manera nos dió el ejemplo de la perfecta independencia del espíritu. Sería un peligro para la sociedad que cada ciudadano fuera Sócrates. Pero es necesario que Sócrates sea Sócrates para que Critón sea, por lo menos, Critón.

A mi regreso de América uno de mis más vivos deseos era volver a ver a Alain. El último escrito suyo que había leído: *Las aventuras del corazón,* tenía la belleza de los primeros, y afirmaba, una vez más, toda esa doctrina sin dogmas. Encontré a mi maestro en su retiro definitivo cerca de París. La vejez no ha quitado a su pensamiento ninguna fuerza. Habla de lo eterno, que es el único tema, de Balzac, de Napoleón y de nuestras clases de Rouen. ¡Qué felices éramos entonces, jóvenes los dos, saliendo cada mañana a la caza de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ideas! Maestro y discípulo tienen ya el cabello blanco. Pero durante esa hora compartida con Alain, he vuelto a encontrar las delicias de la libertad. Surgían bellos relámpagos de esa cabeza poderosa inclinada hacia mí. Salí de esa casita, más confiado que nunca en la fuerza "del espíritu invisible, radiante y fulgurante".

ANDRÉ MAUROIS

Bajo el auspicio de "Los Anales de Buenos Aires" *vendrán este invierno a dar conferencias, André Maurois y Edouard Herriot. Inútil destacar la magnitud de este acontecimiento, dado el renombre mundial de nuestros huéspedes. La noticia, ya adelantada por la prensa de la capital, ha suscitado intensa expectativa, singularmente en los círculos intelectuales.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL SUEÑO DE LA MUJER DE PILATOS

En la noche crucé el campo de avena
y llegué al suelo oblicuo y escarpado
donde brillan las piedras del collado
debajo de la fronda nazarena.
Un hombre en la distancia, amenazante,
por la senda a mi encuentro caminaba.
No pude huir, pues ya me cautivaba
su imagen como el fuego de un diamante.
Llegué a la cercanía de su cara
y una líquida luz azul, de llanto,
no me dejó mirar su alado manto
ni sus dos manos, ni su frente clara.
Como un día festivo y admirable
llenóse el mundo de invisibles cosas,
de harpas y de guirnaldas voluptuosas.
Perdura en mi recuerdo, inmemorable,
la ráfaga de olores delicados
que borrando en su espacio, las ciudades,
elaboraba en las oscuridades,
los cedros, los olivos, los granados.
Sin hablarnos bajamos a los valles.
En el silencio de los campamentos
acudían los perros con lamentos.
La noche recorría enormes calles.
El humo del follaje melancólico
fugitivo, entre estrellas, levemente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

abría su frescura de relente
en un ámbito pródigo y simbólico.
Me pareció que era el final del mundo
y que en el interior de mi retina
obediente, surgía la divina
visión que me infligía un vagabundo.
Temiendo que mi dicha se acabara
con mis palabras, quise retener
lo que sabía ya que iba a perder:
el universo entero en esa cara.
Inicié el diálogo de mi tristeza.
Con una voz que no era mía dije:
—¡Por qué la dicha tanto nos aflige!
—Como el dolor o como la pobreza.
—Ah, cuándo podré hallarte yo en mi vida,
y entre murallas o en la tierna hierba,
ser dócil como es dócil una sierva,
respetuosa, despierta, agradecida.
El brillo de tu rostro y la belleza
son del color del aire que nos une:
no quisiera, señor, que me importune
otra visión de la naturaleza.
Soy casada y el tibio mediodía,
en la huerta, debajo de un manzano,
guarda mi sueño dentro del verano.
Para esperarte siempre dormiría.
—No será vana tu desolación
en el abrazo amargo de este lecho.
Transido el corazón late en tu pecho,
como si vieras mi crucifixión.

SILVINA OCAMPO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL ARBOL DE LA VIDA

I

Los Morgan figuraron durante siglos entre los más conspicuos terratenientes del sur de Gales. Se ha dicho que fueron advenedizos de la Reforma, pero ello es una injuria injustificada. Podían remontarse con toda certeza hasta at Ifor, que guerreó y sin duda, floreció a su modo en el 980. Pertenecía, a su vez, a la tribu de San Teilo; y su familia guardaba como su más preciada reliquia un altar portátil que se suponía de propiedad del santo. Y por siglos, el primogénito de la familia llevaba el nombre de Teilo. De vez en cuando se habían enlazado con los normandos y vivían en un castillo del siglo XIII restaurado y embellecido bajo el reinado de Enrique VII, cuya causa abrazaron con gran denuedo. De Enrique recibieron títulos de propiedad de bienes confiscados, en Monmouthshire y Glamorganshire. Cuando la disolución de las comunidades religiosas, los Sir Teilo de la época recibieron la Abadía de Llantrisant con todas sus pertenencias. La iglesia del monasterio despojada de su techumbre, hecha una ruina, se convirtió en cantera pública. La morada del prior y demás partes del convento fueron reparadas y como estaban situadas en un abrigado valle, la familia las usaba como residencia de invierno, de preferencia al castillo, que se levantaba en una loma pelada que dominaba la Abadía. En el siglo XVII, Sir Henry Morgan —el hermano mayor murió joven— era miembro del Parlamento. Cambió de partido y se plegó a la causa del Rey en 1648, y en consecuencia tuvo el pesar de ver los muros del castillo, no arrasados hasta el suelo, pero sí reducidos a cuatro o cinco pies de altura por las fuerzas de Cromwell. Más adelante los Morgan se hicieron *Whigs* y aún después sostuvieron a Gladstone, hasta el *Home Rule Bill* de 1886.

Conservaban aún la mayoría de las tierras que habían acumulado gradualmente durante ocho o nueve siglos. Muchas de estas tierras eran incultas, distantes y montañosas, inútiles, salvo para los deportes o la caza; pero a principios del siglo XIX, expertos en minas, venidos del norte, encontraron carbón; se abrieron pozos en los lugares agrestes, y los Morgan se hicieron ricos a la moderna. En consecuencia, las malas épocas del setenta y la crisis de agricultura del ochenta apenas los afectaron. Rebajaron arrendamientos y pagaron lo atrasado y siguieron prosperando. Era una lástima que Teilo Morgan de Llantrisant fuera un inválido recluso; especialmente siendo tan aficionado a las memorias de familia, a la propiedad y a los intereses de sus habitantes.

La Abadía había cambiado tanto de siglo en siglo que el último abad casi no la hubiera reconocido. Estaba rodeada de ricas praderas, de bosques de robles y hayas y fresnos y álamos. Atravesaba el parque el correntoso y claro

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Avon Torfaen, el muele piedras, así llamado por su furiosa carrera en las montañas donde nace. Y las colinas lo rodeaban por entero. Aquí y allá en la fachada sur de la casa, quedaban rastros de la arquitectura del siglo XV; pero en ella se habían colocado tejados isabelinos y se decía que Inigo Jones había agregado el ala de ladrillo con los pilares corintios, y había una extensión de estuco en el falso gótico de la época de Jorge II. Arquitectónicamente era ridícula, pero se la consideraba la parte más abrigada de la casa, y Teilo Morgan ocupaba un departamento de cinco o seis cuartos en el primer piso, y con frecuencia miraba el parque y abría las ventanas para oir el ruido del Avon y el arrullo de las palomas en los árboles y el silbar del viento de los montes occidentales, pero él sabía que mediaba un abismo entre él y ese paraíso. Tenía, al parecer, no una enfermedad determinada sino una debilidad profunda, un *marasmus* detenido a tiempo, pero que incapacitaba al paciente para todo ejercicio físico, aún el más liviano. Una vez se trató, en un hermoso día, de sacarlo al parque en un sillón de ruedas; pero aún ese cómodo sistema de movimiento no dió resultado. A los diez minutos, se desmayó, y por dos o tres días estuvo postrado, sin dar apenas señales de vida. Pasaba la mayor parte del tiempo en un diván. Se sentaba para sus comídas o para recibir a sus administradores; pero ese era el único esfuerzo que podía hacer. Solía leer las proezas de sus mayores en las historias del condado, o en antiguas crónicas de familia; y se preguntaba qué pensarían de semejante descendiente. El nocturno asalto de los castillos, el aciago resplandor de los incendios, las flechas de los arqueros de Gwent que oscurecieron el cielo en Crécy, la batalla al amanecer, junto al río, cuando la primera luz reveló que el agua estaba roja, y las borracheras desde la salida del sol hasta la puesta; esas hazañas de los Morgan no eran para él.

Quizá su débil vida se mantenía por su intenso interés en los hechos de su heredad. El administrador, el Capitan Vaughan, un hombre astuto de mediana edad, le repetía a menudo que una entrevista mensual era más que suficiente. —Temo que estos detalles lo cansen demasiado —le decía, —y usted sabe que no es necesario. Tengo bajo mis órdenes dos o tres hombres entendidos y entre nosotros nos arreglamos para que todo marche bien. Le aseguro, no necesita preocuparse. En realidad, una rendición de cuentas cada trimestre sería suficiente.

Pero Teilo Morgan no consentía esa dejadez.

—No me cansa en lo más mínimo—, contestaba invariablemente. —Me hace bien. Un hombre debe ejercitarse de un modo u otro. Yo lo hago con sus piernas. Todavía me divierte aquel paseo suyo de hace tres años en Castell-y-Bwch. ¿Recuerda?

El capitán Vaughan pareció perplejo.

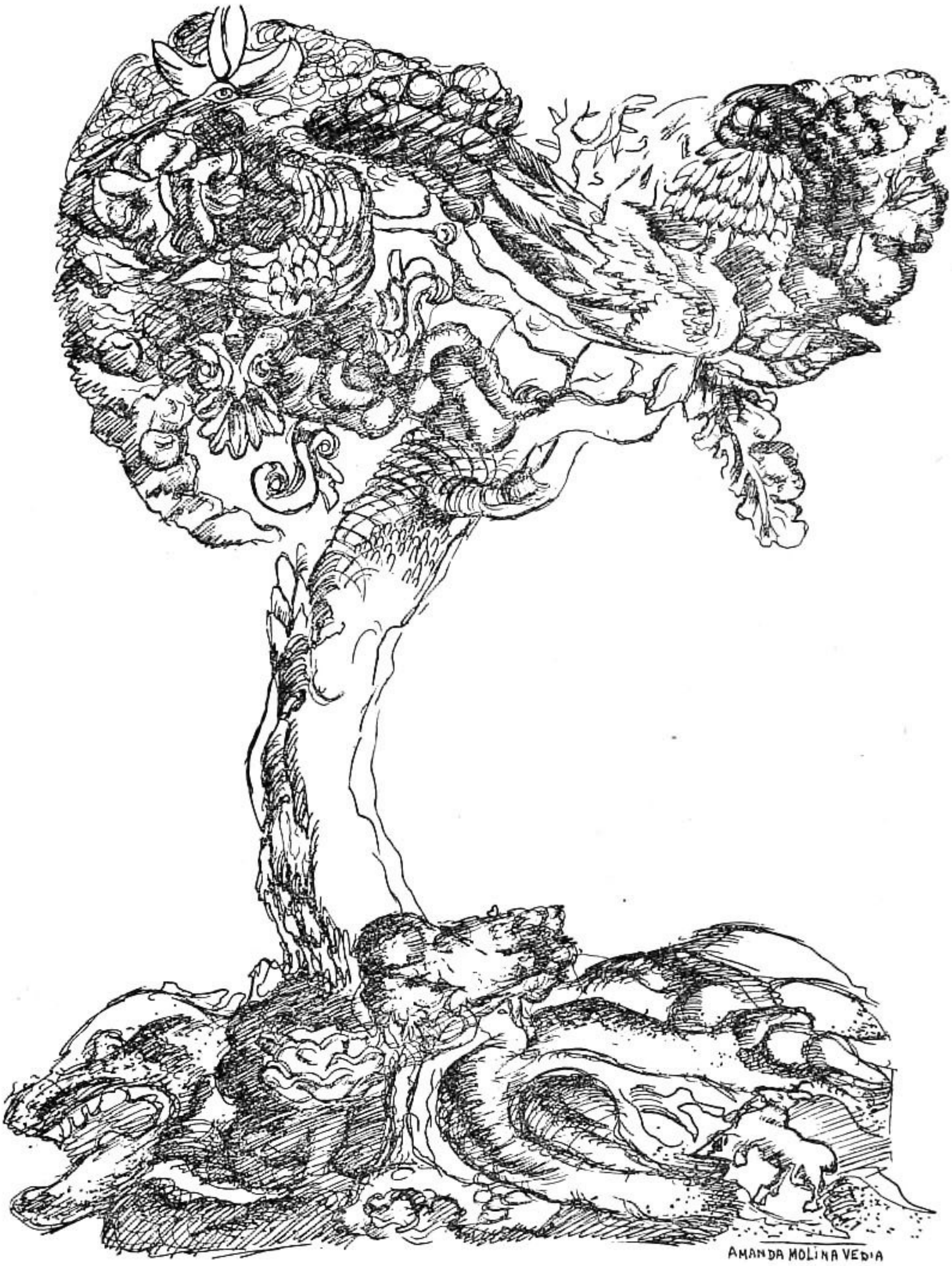
—Veamos —dijo—. ¿Hace tres años? ¿Castell-y-Bwch? ¿Qué hacía yo por ahí?

—No puede haberlo olvidado. Piénselo. Fué después de la gran tormenta de nieve. Fué para ver si los techos estaban en orden, y se cayó en un ventisquero de quince pies de hondura.

—Ahora recuerdo —dijo Vaughan—. No he tenido más frío, antes ni desde entonces, en mi vida, peor que en los Balcanes. No estaba preparado para eso. Y cuando atravesé la nieve, el agua de un torrente fluía debajo.

—Pero al llegar a la posada se encontró con un buen fuego, ¿verdad?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



—Subía hasta la mitad de la chimenea; de carbón y leña juntos; magnífico, nunca he visto llama semejante; seis pies por tres, creo. Y les dije que la avivaran más aún.

—Quisiera haber estado ahí —dijo el caballero—. Veamos. Usted me aconsejó algunas reparaciones. ¿En el techo, no?

—Si, la pizarra estaba en mal estado, y en marzo lo cambiamos por tejas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pesadísimas. Los techos de pizarra no convienen para la altura. Hacia el oeste, por supuesto, el lugar está más o menos protegido, por el bosque, pero el extremo sud-este tiene mala exposición y deja entrar la humedad, así que puse un marco de roble a nueve pulgadas del muro, y ahí coloqué las tejas. ¿Recuerda que le mostré el presupuesto?

—Claro, claro. ¿Dió resultado? ¿No hubo novedad después?

—Nada, aunque haya tormenta o vientos. Cuando estaba allí, la hija mayor hablaba de ir a Cardiff. No creo que a la señora Samuel le hiciera mucha gracia. Y el chico Guillermo quiere trabajar en la mina cuando acabe el colegio.

—Espero que Tomás se quede a ayudar a su padre. ¿Qué tal anda la granja?

—Divinamente. Pagan su arrendamiento con puntualidad. Les he dicho que procuren cultivar trigo. Es un poco alto.

—¿Les gusta por allá el nuevo párroco?

—Se entienden perfectamente. Trata de que vayan a misa, como él la llama, y ellos se van a sus reuniones. Pero amistosamente, fuera de los horas de trabajo.

—Ya lo veo. Me parece que estaría más a gusto en una de las rectorías de Cardiff. Ya veremos de arreglarlo. ¿Y que hay de aquellas nuevas pocilgas en Ty, Capitán? ¿Tiene ahi el presupuesto? Léalo, ¿quiere? Tengo la vista cansada, hoy. ¿Es de Davies el presupuesto? Muy bien; hay que favorecer a los pobres. ¿Ha pensado en el asunto de la ciénaga?

—¿La ciénaga? ¿La de Kemeys? Sí, lo he pensado. Pero creo que no hay que gastar en eso. Nunca recuperará su dinero.

—¿Le parece? ¡Qué lástima!

Teilo Morgan pareció afectado por el juicio del agente sobre los pantanos de Kemeys. Pesaba el asunto.

—Bueno; supongo que tiene usted razón. No hay que hacer experimentos. ¡Pero mire! Se me acaba de ocurrir. ¿Por qué no utiliza ese terreno para el cultivo de sauces? Podemos sacar una acequia con el agua del arroyo. Se podría iniciar una fabricación de cestos, en pequeña escala, para empezar. ¿Qué le parece?

—Hay que pensarlo —dijo el capitán—. Conozco un sitio en Somerset en que se hace algo por el estilo. Iré el miércoles para buscar algún dato útil. No creo que dé mucha ganancia. ¿Le bastará el dos por ciento?

—Ciertamente. Y ahora hay algo de que deseaba hablarle hace tiempo y que siempre olvidé. ¿Conoce el Graeg en la granja? Estoy seguro que sería magnífico para el cultivo de la berenjena. No hay razón para que éstas no sean tan populares como el tomate o la banana; si resultaran más baratas. Se ocupará de eso, ¿verdad? Si está ocupado, puede postergar su ida a Somerset hasta la otra semana. Lo de la ciénaga no es urgente.

—Bien. Graeg: berenjenas —El administrador lo anotó en su libreta y se despidió en seguida. Recorrió un largo corredor hasta la galería de donde bajaba la escalera principal de la Abadía, hasta el salón. Ahí se encontró con un personaje de aire importante, de mandíbula cuadrada, vestido de negro, ligeramente canoso.

—¿Como de costumbre, supongo? —interrogó el personaje.

—Como de costumbre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—¿Qué hay esta vez?
—Berenjenas.
El otro asintió, y Vaughan siguió su camino.

II

Tan pronto como salió el administrador, Teilo Morgan llamó. Vino su *valet*, lo alzó con destreza del sillón y lo acostó en la cama de reposo junto a la ventana, con almohadones en las espaldas.

—Con dos almohadas tengo bastante —dijo el caballero—. Esta mañana estoy algo cansado.

El hombre puso la campanilla al alcance de su mano y salió despacio. Teilo Morgan se recostó, quieto: pensando en tiempos pasados, en años felices, y en los malos tiempos que sucedieron. Sus primeros recuerdos eran de una casita, blanca como la nieve, en lo alto de la montaña, un poco más arriba de la aldea de Castell-y-Bwch de la que acababa de hablar con el administrador. Las paredes resplandecientes de la casita, que se blanqueaba para Pascua, eran espesas, y se extendían hacia afuera; las ventanas se empotraban en el ancho muro. Junto al soportal que protegía la puerta de entrada de los fuertes vientos de la montaña había dos arbustos, uno a cada lado, que se cubrían de flores color naranja, redondas como naranjas, y estas flores doradas eran, en su recuerdo, agitadas y sacudidas de un lado a otro, por la brisa del monte que no cesaba de soplar en esas alturas, cuando cada hoja y cada flor de allá abajo estaba inmóvil. Rodeaba la casa un jardín, y un campo agreste, y una huerta de cerezos, en una hondonada, con una vertiente de agua fresca y clara que surgía de la roca. Sobre la casita y su pequeña heredad había una pequeña loma, con un cerco de dispersos, agitados árboles, y encima espesas zarzas y más allá, la empecinada y abrupta cuesta de la montaña donde las aligas de un verde oscuro tenían bayas purpúreas, donde el algodón blanco florecía en la hierba, y los helechos lucían al sol, y el brezo imperial resplandecía en los días de otoño. Teilo recordaba muy bien cómo, hace años, junto al pórtico blanco, en los días de verano, miraba allá, el vasto territorio, como si abarcara el mundo entero, allá lejos: ola tras ola de colinas y valles, de oscuros bosques y verdes praderas y trigales de verde pálido o dorado, con las blancas granjas brillantes, entre la niebla del humo azulado sobre la ciudad romana, y a la derecha, el agua lejana del amarillo mar. Y luego las noches de invierno: negras como brea, con un fragor de lucha y entrevero, cuando el viento huracanado y la lluvia azotaban muros y ventanas; con gratitud y alabanzas por el rincón de la abrigada hamaca junto al fuego, mientras montañas y cielo se confundían en la rugiente oscuridad.

Allá arriba, en la casita blanca, Teilo vivía con su madre y su abuela viejita, encorvada y llena de arrugas, cetrina, y cabello oscuro a pesar de sus muchos años. Era muy chiquito, cuando un caballero que venía a menudo, vino y se los llevó al valle a él y a su madre; y sus inmediatos recuerdos eran de las magnificencias de Llantrisant-Abbey, donde vivían los tres, rodeados de la servidumbre, y descubrió que el caballero era su padre: hombre alegre, siempre risueño, con brillantes ojos azules y un espeso bigote oscuro, que le caía

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sobre la barbilla. Teilo corría por el parque y seguía el curso torrentoso del Avon y trepaba por el empinado monte que llamaban el Graeg, y se deleitaba con los trémulos y fragantes helechos de su falda. No duraron mucho sus ascensiones y corridas. El misterioso mal lo atacó, y cuando después de semanas de dolores y disgusto, de horribles sueños, fué cediendo esa angustia de días y noches, quedó débil y postrado, de espaldas, esperando la mejoría que nunca llegó. Pasó en cama meses y meses, logrando mover sólo sus manos. Al cabo de un año, trató de andar y pudo cruzar el cuarto, agarrándose a las sillas. En algo mejoró; había sido un niño silencioso, que estaba contento en la soledad, pasando horas en el monte o en las laderas del Graeg, sin hablar palabra ni sentir la necesidad de hablar con nadie. Ahora, en su convalecencia le gustaba charlar y pensaba en grandes cosas. Contaba a sus padres todos sus planes y se asombraba al verlos tan tristes.

Y luego vino el desastre. Murió su padre, y tuvo que abandonar Llantrisant-Abbey con su madre; nunca le dijeron por qué. Fueron a vivir en una calle triste y sombría del norte de Londres. Era un lugar lleno de ruidos y vistas feas, con un olor constante a huesos quemados, sobre un pavimento de cáscaras de huevo y papeles rotos y tallos de repollo en la calzada, y chillidos y groseras exclamaciones que aturdían a medianoche. Y en el invierno la niebla amarilla de azufre, ocultando el cielo e irritando la nariz. Un lugar espantoso y un largo exilio. Su madre salía casi a diario después del almuerzo, y a menudo no volvía hasta las diez, once o doce de la noche, rendida de cansancio, decía, con su belleza morena marchita y deshecha. Dos o tres veces durante el día, una vecina del piso bajo venía a ver si él necesitaba algo; pero fuera de estas visitas, estaba solo por horas leyendo los pocos libros viejos que tenían en el cuarto. Era una vida de asombrosa tristeza. No había mucho que comer, y lo que había parecía no tener el sabor y el olor debido; y no comprendía por qué tenían que vivir en esa horrible calle, ya que según su madre, desde la muerte del padre, era él el verdadero dueño de Llantrisant-Abbey y llegaría a ser un hombre riquísimo. ¿Entonces por qué vivimos en este lugar horrible?, preguntaba; y ella no hacía más que llorar.

Luego murió su madre. Unos días después del entierro, vinieron personas a llevarlo; y se encontró otra vez en Llantrisant, dueño absoluto, como su madre le había dicho. Proyectó enterarse de todas las tierras y granjas que poseía, y ordenó que le trajeran todos los libros de la propiedad, y entonces el capitán Vaughan empezó sus visitas, contándole cómo andaban las cosas, y cómo este granjero era el mejor arrendatario del condado, y cómo aquel otro sólo tenía mala suerte, y Juan Williams le echaba ginebra a la sidra, y bajaba a rienda suelta por las rutas pedregosas en las noches de mercado, de pié en su carro como un romano en su cuádriga. Supo de todas estas cosas y trabajos, y cómo se cultivaba la tierra, y lo que se hacía y lo que era necesario en las granjas y haciendas, e interrogaba al administrador sobre sus giras de inspección; hasta que estuvo convencido que cada senda y cada pradera del estado de Llantrisant le era conocida, y que podía encontrar cada granja y cada casita desde la montaña hasta el mar. Era esto su interés más absorbente y la más grande felicidad de su vida; y era su orgullo el pensar todo lo que habia hecho por la tierra y sus habitantes. Eran personas buenísimas, arrendatarios, pero también conservadores, inclinados a apegarse a las viejas costumbres que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

iniciaron sus padres y antepasados, leales, en un mundo nuevo, a las viejas normas. Ahí estaba Williams que rehusaba cultivar raíces, y Evan Thomas que no creía en cañerías, y media docena por lo menos, que tenían la seguridad de que todo lo artificial secaba el suelo, y aquel tonto que había traído sus Castle Martins negros desde Pembrokeshire, y despreciaba los Shorthorns y Herefords. Pero Vaughan sabía manejarlos y tarde o temprano los hacía entrar en razón; y ellos sabían que no había en Inglaterra o Gales quien considerara así a los arrendatarios y construyera o reparara establos y graneros aun antes que se lo pidieran. Teilo Morgan daba a su administrador todo el crédito que merecía, pero al mismo tiempo no dejaba de sentir que a despecho de sus inhibiciones, de la enfermedad que lo tenía prisionero en estos cuatro o cinco aposentos, de tal modo que ni una sola vez había salido de ellos desde su vuelta a la Abadía; a despecho de su invalidez y penosos días, mucho se le debía a él mismo y a las nuevas ideas que había aportado al manejo de la propiedad. Leía los periódicos rurales, y conocía a fondo las diversas ramas de la agricultura, y sabía que estaba adelantado a su época, aun con respecto a los más modernos especialistas.

Había métodos en las fincas de Llantrisant que eran absolutamente desconocidos en los demás establecimientos del país. Había querido exponer algunos en la prensa; pero Vaughan lo había disuadido; le decía que por el momento los prejuicios eran demasiado fuertes. Tal vez tenía razón; pero Teilo Morgan sabía que hacía historia rural. Al mismo tiempo, hacía anotaciones de los experimentos hechos y pensaba publicar, en uno o dos años, un libro: *Las Fincas de Llantrisant: una Nueva Era en Agricultura.*

Se solazaba en ese proyecto, cuando, como un relámpago, se le ocurrió una idea. Dió un suspiro de asombrado júbilo; tocó el timbre que tenía a su alcance y ordenó a su *valet* un tercer almohadón —"y tráigame los útiles de escribir". Una carpeta portátil con papel, tinta, y el resto se colocó a su alcance, y tan pronto como el sirviente desapareció, Teilo empezó una carta, con los ojos brillantes de entusiasmo.

Querido Vaughan:

Ya sé que usted me juzga demasiado propenso a experimentos, pero creo que esta vez convendrá en que he dado con una gran idea. No vaya a decir a nadie ni una palabra. Me asombra que no se haya pensado en ello hace tiempo y mi único temor es que alguien se nos adelante. Se trata de algo tan evidente que no lo hemos advertido hasta ahora.

Mi idea es ésta simplemente: una plantación, una huerta, si le parece, del *Arbor Vitae*: y ya tengo el sitio exacto. Me ha dicho usted, con frecuencia, que Jenkins insiste en plantar patatas en los terrenos sobre el Soar, el lugar menos adecuado a esa cosecha. Quiero que vaya a verlo tan pronto como le sea posible, y le comunique que necesitamos el uso de esas tierras —unas cinco hectáreas, si no me equivoco. Claro está que habrá que indemnizarlo y, dentro de lo razonable, puede ser todo lo generoso que usted desee... Por lo que he oído es un profundo barro gordo, de buen rendimiento; será una posición ideal para el cultivo que me he propuesto. Creo que el *Arbor Vitae* florecerá en cualquier parte, y es virtualmente indiferente a las condiciones climatéricas: "crea su propio clima" como lo expresa poéticamente un escritor. Pero su cultivo en este condado es un experimento; y estoy seguro de que Mharadwys

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—creo que este es el antiguo nombre de esas tierras junto al Soar— es el lugar indicado.

La tierra debe ser bien trabajada. Tómelo en mano tan pronto como pueda. Déjela acanalada. Si le hacen un buen abono de superfosfato de cal y huesos en la primavera, para ararla en setiembre, estará lista para la plantación en otoño. Ya sabe que insisto siempre en la plantación poco profunda; no entierre las raíces en un agujero; desparrámelas a unas cinco o seis pulgadas de la superficie; para que el sol las alcance.

Ya apreciará la importancia de este nuevo cultivo. Las doce clases distintas de fruta de este árbol extraordinario, todas deliciosas, lo hacen realmente único. Por costoso que sea el experimento, tengo la seguridad de que dará beneficios en poco tiempo. Y debo recordarle que mientras el nombre de *Tous les mois,* que se da a una especie de fresa cultivada en el continente, sólo implica una producción estival y de principios de otoño, en el caso del *Arbor Vitae* es de estricta verdad. Como dicen los antiguos textos: *El árbol rinde su frùto cada mes.* No hay cosecha, por rica que sea, que pueda compararse. Y sumándose a todo esto, se dice que las hojas poseen cualidades terapéuticas.

¿No comparte mi idea de que éste será el más importante y atrevido de todos nuestros experimentos?

Suyo muy cordialmente,

Teilo Morgan.

P. S. A estudio: Creo que conviene guardar los restos de estiércol y huesos hasta el otoño, en el momento de arar.

Y también puede empezar a consultar los catálogos. Como se trata de pedidos considerables, habrá que acudir a dos o tres firmas. Creo que encontrará el *Arbor Vitae* entre las coníferas.

III

Muchos años después, dos ancianos conversaban en el salón de fumar de un club. Casi no había nadie más; muchos socios ya se habían retirado después de almorzar. Nuestros dos caballeros ocupaban un alejado rincón, que se hubiera llamado cómodo en cualquier otra parte. Eran viejos amigos, al parecer, y uno, el menos anciano, acababa de regresar de algún lugar remoto, después de una ausencia de años.

—No he sabido nada de Harry Morgan desde que me fuí —comentó—. Supongo que siempre está en la ciudad.

—Siempre en la calle Beresford. Pero sale poco. Está un poco artrítico. Me lleva unos diez años.

—Me gustaría volver a verlo. Lo tuve siempre por una buena persona.

—De primer orden. ¿Conoce lo de Bartle Frere? Se mandó un hombre a buscarlo a la Estación, y éste preguntó cómo podría conocerlo. Le contestaron que buscara un señor de patillas grises ayudando a alguien —y dió con Frere ayudando a una vieja con una canasta, en tercera clase. Así era Harry Morgan —menos las patillas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hubo una pausa y el hombre que había repetido el cuento de Sir Bartle Frere volvió a hablar.

—Creo que usted no llegó a saber la cosa más buena que hizo Morgan —una de las cosas mejores de que tengo noticia. Usted sabe que vengo del mismo país que él; mi familia poseía Plas Henoc, a unas pocas millas de Llantrisant-Abbey, propiedad de los Morgan. Mi padre me lo contó: Harry lo tuvo muy reservado. Palabra. ¿Qué es aquello de que la mano izquierda debe ignorar lo que hace la derecha? Morgan siguió siempre esa regla. Bueno, fué así:

¿Sabe algo del viejo Teilo Morgan? Era algo anterior a nuestra época. No era viejo, es lo cierto; no creo que tuviera mucho más de cuarenta años cuando murió. Bueno, era un calavera a la antigua. Había un retrato de él en una revista de la época, con esas largas patillas de entonces. No daban su nombre; sólo decía, *El Héroe del Haymarket*. No lo creerá, pero en aquellos días el Haymarket era el lugar de los cafés nocturnos —Kate Hamilton, etcétera. Morgan estaba en todo eso; pero ese retrato lo fastidiaba; se hizo afeitar las patillas al día siguiente.

Solía convidar al campo a sus amigos de Londres, hombres y mujeres, y llevaban la misma vida de la ciudad, en lo posible.

Puede usted imaginar cómo se comentaban esas cosas en la comarca. Teilo Morgan hizo abominable Llantrisant-Abbey. Naturalmente nadie quería acercarse. Las mujeres, que, por entonces, eran más estrictas que ahora, no querían oír pronunciar el nombre de Morgan. El Duque le negó el saludo en la calle. Su cuota para la Caza le fué devuelta. Pero no le importaba. Los *Garden Parties* empezaban a estar de moda, y se cuenta que Morgan repartió invitaciones con un grabado de una ninfa y un sátiro, hecho por un artista —lo que no fué muy agradable a los invitados. ¿Y que cree que tenía al final en vez de R. S. V. P.? No se necesitan trajes. Era un tipo insolente. Creo que la fiesta tuvo gran éxito, con amigos de la ciudad, y con las más raras partidas y juegos en los boscajes. Se dijo que Treowen, el hijo del Duque, estuvo presente; pero él juró en todos los tonos que era mentira. Pero sirvió para combatir su candidatura por el condado.

¿Y qué cree que sucedió después? Algo extraordinario. Nadie lo esperaba. Todos decían que se daría a la bebida y que se lo llevaría el diablo. Bueno, le diré. Había algo que todos sabían; en sus peores días Teilo Morgan siempre dejó en paz a las campesinas. Nunca se metió con las hijas de los granjeros. Pero un buen día se enamoró de una muchacha de quince años, que vivía con su madre y con su abuela, en un chalecito allá arriba. Creo que su nombre era María Trevor. Mi padre la ha visto un par de veces manejando su tandem con Morgan; decía que era una perfección, una mujer bellísima. Era de un tipo que suele verse en Gales: morena, de ojos y cabello negro, cara ovalada, un cutis oliva —algo como las muchachas que se ven en Arles, en el sur de Francia, con el pelo entrelazado con cintas de terciopelo. Hay algo de oriental en ese estilo de belleza; no dura mucho.

Sea como fuera, Teilo Morgan se enamoró perdidamente. Volvió inmediatamente a la Abadía, despachó a la ciudad todos sus invitados —les dijo que podían irse al demonio, o a Jerusalén, o al Haymarket... Tan pronto como se fueron, volvió al monte. No se le vió en Llantrisant-Abbey por muchas semanas. No sé por qué no se casó en seguida, nadie lo sabe. Ella dijo que estaba casada, pero a eso vamos. A su tiempo llegó el hijo, y Morgan que-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ría dar una pensión a la abuela y llevarse a Llantrisant la madre y el hijo. Pero los médicos se opusieron. Creo que Morgan llamó muchos buenos médicos, pero éstos sólo sacudían la cabeza al mirar al niño. No creo que ninguno hizo un diagnóstico claro, ni hablaron de alguna enfermedad determinada; pero todos estuvieron de acuerdo en que era de constitución delicada, y que tendría mejores perspectivas si vivía sus primeros años en la atmósfera pura de la montaña. Llantrisant-Abbey, debo decirle, está abajo en el valle, junto al río, rodeada de colinas y bosques, hermoso lugar pero un poco húmedo. Así, pues, el joven Teilo se quedó allá arriba con su madre y la anciana, y el padre solía visitarlos en los fines de semana, como ahora se dice, hasta que el niño llegó a los cuatro o cinco años; y entonces se envió a la anciana a otra parte, y madre e hijo vinieron a habitar la Abadía.

Todo anduvo bien –pero la gente del condado se mantuvo alejada– por tres o cuatro años. El niño parecía fuerte y robusto, y el profesor que trajeron para él decía que era magnífico en sus estudios, un niño precoz, y con un interés por los libros, poco común a su edad. Pero cayó enfermo. No sé lo que tuvo, algo cerebral, creo, meningitis, o algo por el estilo. Durante muchas semanas pasó por diversas alternativas, y quedó inválido. Por mucho tiempo se creyó que estaba paralítico; sus miembros perdieron toda su fuerza. Y lo peor era que estaba afectado mentalmente. Parecía bastante vivo, sabe; no tenía nada de tonto o pesado; y me contaban que podía escuchársele por un buen rato, pensando que era un prodigio de inteligencia. Pero si se seguía oyéndolo, se notaba que estaba loco. Era una gran pena para los padres, sobre todo para el padre. Este decía a menudo que era su culpa.

Despidieron al profesor, después de un tiempo: el niño lo pedía en tal forma que temieron una nueva fiebre cerebral si no lo complacían. Volvió con instrucciones de hacer una parodia o simulacro de enseñanza, cuanto más parodia mejor; y de ningún modo atarear al niño. Y según me dijo mi padre, el joven Teilo casi enloquece al pobre maestro. En cierto modo era más inteligente que antes, con una memoria como la de Macaulay –lo que leía una vez no se le olvidaba nunca– y con una avidez maravillosa de saber. Pero de repente aparecía la falla del cerebro. Brillante en matemáticas; pero al fin de la lección aterraba al profesor con una extravagante teoría de números de imposible explicación. Y así era con lo demás: la Conquista Secreta de Inglaterra hace cien años, que era prohibido mencionar, y los ángulos que cambiaban de forma en geometría, y el gran continente oculto debajo de Africa, que no permitía verlo. Luego cuando llegó a los clásicos, aparecían nuevas declinaciones para los sustantivos y nuevos tiempos para los verbos; y cosas así. Extraordinario y tristísimo para los padres. El pobrecito tomaba un gran interés en la historia de la familia.

El padre murió. Naturalmente, el asunto de la sucesión se planteó en seguida. La pobre señora Morgan, como ella se llamó hasta el fin, juraba estar casada con Teilo, pero no pudo presentar documentos que dieran fe de su matrimonio legal. Se me ocurre que tal vez se casaron en alguna capillita olvidada de montaña por algún clérigo ambulante o alguien así que no sabía lo bastante para inscribirlos en el registro. Claro que Teilo debió haberlo pensado, pero posiblemente no se preocupó más, una vez que contentó a la muchacha. Pensaría arreglarlo eventualmente. De todos modos, Payne, el abogado de la familia, dió a entender a la pobre mujer que ella y su hijo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

debían abandonar la Abadía, y así lo hicieron. Tenían un cuarto miserable en una callejuela de Islington o de algún otro sitio dejado de la mano de Dios.

Mientras tanto, la propiedad pasó a manos de un primo: Henry Morgan. Y no se supo de él por años. Se había ido a explorar el Asia Central o las fuentes del Amazonas cuando Teilo Morgan estaba en su apogeo, —si así puede decirse. No había oído nada de la reforma de Teilo, ni de Mary Trevor, ni de su hijo, y cuando el viejo Payne pudo dar con él, nunca mencionó la mujer y el hijo. Cuando Morgan vino por fin, no encontró la casa solariega de su gusto; dijo que era un agujero desolado. Lo arrendó con un largo contrato a un especialista de enfermedades mentales —médico de locos le decían— e hizo de la Abadía un asilo de locos.

Alguien le contó de Mary Trevor y del pobre niño y del casamiento y del no-casamiento. Se puso furioso con Payne. Los hizo buscar, y cuando los encontró, ya era tarde para la pobre Mary Trevor. Había muerto de pena y trabajo y casi de hambre, creo. Pero Harry tomó al niño, y enterándose de que ansiaba volver a la Abadía —estaba convencido de que era el propietario y también de todas las tierras— Harry vió al médico que dirigía el asilo para que lo tomara allí. Se le dió un departamento en un ala, separada de los demás pacientes. Se hizo todo para afirmarlo en su creencia de que era Teilo Morgan de Llantrisant-Abbey. Al volver a su vieja casa, su entusiasmo por la familia y la propiedad y el manejo de sus tierras recrudeció. Estaba convencido de que era el estado mejor manejado de la región: que inauguraba una nueva era en la agricultura inglesa, y cosas por el estilo. Harry Morgan dió instrucciones al capitán Vaughan, el administrador de la propiedad, que visitara a Teilo una vez por semana, y fingiese estudiar y poner en práctica todos los proyectos, y creo que Vaughan lo hizo muy bien, aunque a veces la cuestión era difícil. Su falla mental no mejoraba y cuando se aplicaba a trabajos prácticos rurales se producían resultados sorprendentes. Indicaba a Vaughan un sitio para el cultivo del ananá, y otro para olivas y le proponía cebras para transporte. El mismo día de su muerte escribió una larga carta a Vaughan con instrucciones de plantar el Arbol de la Vida en un campo de patatas junto al Soar.

—¿No me diga?

El Mayor, que había escuchado esta larga historia, la meditó un momento. Había sido educado en una familia evangelista, y siempre le había gustado el Apocalipsis. Recordó el texto y lo dijo con voz potente:

En medio de la plaza, y de la una y de la otra parte del río, estaba el árbol de vida, que lleva doce frutos dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ENCUENTRO CON TRES POTENCIAS

Bastó una semana para que yo me encontrara con las tres potencias que rigen nuestra pequeña vida. Fué en el año en que la amistad entre Stresemann y Briand logró finalizar, antes del tiempo establecido, la ocupación del territorio renano. Durante una breve paz fingida germinaba entonces la esperanza de un acuerdo duradero entre Alemania y Francia. También yo confiaba en que los pueblos de Europa ya no desenvainarían tan fácilmente sus espadas y no prestaba oídos en mi patria a las rencorosas voces de los que, una década después, habrían de llevar a Alemania a la más sangrienta guerra de todos los tiempos.

En aquel bendito verano en que el mundo parecía querer entregarse brevemente al goce de vivir y dejar vivir, llegué, cierto atardecer, a la pequeña localidad luxemburguesa de Remich, donde, en una de las curvas del Mosela, convergen las fronteras de Alemania, Francia y la del pequeño gran ducado. Me hospedé en un hotel, desde cuya altura se disfrutaba de una maravillosa vista sobre el río, el amplio valle y las cumbres coronadas de viñas. Poco después de llegar, estaba sentado en su vasta terraza, ante una botella del aromático vino de la región. Tenía en mis manos la última publicación de la Escuela de la sabiduría de Darmstadt, que bajo la dirección del conde viajero defendía el ideal de una pan-Europa espiritualmente unida. Solía participar, lleno de optimismo, en sus prometedoras sesiones. A veces desviaba la mirada de las páginas del cuadernillo para contemplar el apacible paisaje crepuscular que atravesaban, rumbo al oeste, los interminables trenes cargados de cañones franceses. Eran los últimos testigos de la pasada contienda. Mi meditación se vió interrumpida por la llegada de un grupo de damas y de caballeros, que se instalaron ante una larga mesa cercana. La elegante indumentaria y los modales de las señoras, la expresión de los hombres y los fragmentos de la conversación en francés me dieron la impresión de que se trataba de un grupo de intelectuales. Acaso realizaban una excursión a algún lugar de importancia histórica o artística y se reunían aquí para disfrutar de una comida, sazonada con una charla inteligente. Pude comprobar que la mesa había sido tendida con gusto; el atento hotelero en persona y dos diestros camareros empezaron a servir los manjares y a escanciar el vino. Todas sus atenciones se dirigían en especial a un señor ya entrado en años, cuyo rostro reflejaba sagacidad y que ocupaba el lugar de honor. Parecía dirigir la reunión y los comensales lo trataban de "Monsieur le Président". Mi sospecha de que aquéllos integraban alguna asociación científica de la capital luxemburguesa parecía confirmarse. Ilustres nombres del pasado y otros actualmente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

famosos cruzaban los aires. Por un breve rato todos callaron cuando el anciano habló de los ricos recuerdos históricos que irradiaba ese rincón de la tierra, desde los emperadores romanos hasta Carlos Marx, que había nacido en el cercano Tréveris al amparo de la Porta Nigra. El nombre de Rusia resonó en medio del silencio del atardecer y motivó una animada discusión en la que se pesaba el pro y el contra del ensayo comunista. El debate se calmó cuando apareció una gigantesca fuente llena de rojos cangrejos cuya refinada ingestión requería toda la atención de los comensales.

Los deliciosos crustáceos me abrieron el apetito. Le pregunté al hotelero, que en ese momento pasaba a mi lado, si podía prepararme también una ración de cangrejos. Respondió que lamentaba no poder complacerme, pues esos cangrejos habían sido expresamente pescados para el señor presidente y estaban reservados exclusivamente para él y sus huéspedes. El hotelero pensó un instante y luego, adelantándose a la mesa vecina, cambió algunas frases con el señor que ocupaba la cabecera. Regresó sonriente.

—El señor presidente le invita a usted a servirse una docena de sus cangrejos.

Intenté agradecer el obsequio, haciendo una reverencia a mi amable invitante, pero éste se hallaba ocupado en ese instante en pronunciar un brindis dirigido a su vecino de enfrente, un caballero de edad mediana y aspecto inteligente, al que, según parecía, tocaba desempeñar después de él, el papel principal en aquella reunión. Con las copas en alto, ambos observaron la vía férrea que se extendía sobre la margen opuesta del río y por la que en ese momento volvían a pasar numerosos vagones cargados de soldados y material bélico que regresaban a su patria. No sé por qué me conmovió esta escenta: dos caballeros pertenecientes a la clase burguesa, abogados o profesores, que con las copas en alto seguían con la vista las curvas del tren de carga que corre a lo largo de los viñedos del Mosela dorados por los últimos rayos del sol.

Poco después el grupo se retiró. No me sorprendió cuando, al pasar por mi lado, el anciano caballero me deseó buen provecho por los cangrejos, cuya delicada pulpa me disponía a saborear. Antes de que pudiera levantarme para manifestarle mi agradecimiento, mi amable anfitrión ya había desaparecido entre sus acompañantes que iban saliendo. Los seguí a alguna distancia y vi que los huéspedes ascendían a varios automóviles muy elegantes, conducidos por *chauffeurs* uniformados. Luego se perdieron de vista. El hotelero que acababa de despedirse de todos con un apretón de manos, se acercó a mí:

—Como usted sabe, nada me debe por los cangrejos... —y continuó diciendo lenta y casi solemnemente como para poder estudiar con comodidad el efecto que sus palabras surtirían en mí—: Usted acaba de ser convidado por el señor Millerand, ex presidente de la República Francesa, que había invitado a nuestros ministros y sus señoras a hacer una excursión por estos lugares...

—Millerand —pensé—. ¿Acaso este nombre y el de Poincaré no andaba en todos los labios cuando estábamos cubiertos de lodo en las trincheras y los cráteres abiertos por las granadas en el Soma? ¡Eramos entonces los "súbditos" del Káiser y aquellos de allá, los "conciudadanos" del presidente Millerand! ¿Cuánto tiempo hace de ello? ¿Una década o una eternidad? Y yo, un desconocido de entre los millones de sus enemigos de antaño, había recibido de él, el antes

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

poderoso mandatario de millones de hombres, el obsequio de una docena de cangrejos...

—¿Quién sabe —repliqué pensativo— si no he salido del infernal fragor de la guerra únicamente para que en este atardecer el señor Millerand pudiera obsequiarme una docena de cangrejos? Y, a lo mejor, el señor Millerand vino expresamente para ello a su hotel...

El hotelero que, según comprobé más tarde, era un hombre piadoso y muy culto, sonrió con expresión entre comprensiva e interrogante.

—Los designios del Señor son inescrutables —dijo luego y poniéndose serio, leyó con visible devoción el título del cuaderno que yo llevaba en la mano: *El camino hacia la perfección.* ¡Quién puede conocer, llegado el caso, la utilidad de una docena de cangrejos!...

Algunos días después entré en Zurich en el Banco de... para hacer efectiva una carta de crédito. Era en las primeras horas de la mañana y, contrastando con otras horas más avanzadas, había poco movimiento frente a las ventanillas. Mientras el cajero examinaba mi documento, rodeado de montañas de billetes de uno de los más firmes valores del mundo, me atreví a hacer una manifestación al margen de las actividades bancarias y que por cierto resultaba muy poco comercial:

—Está usted en una compañía muy peligrosa. ¡Cuántos poderes no estarán contenidos en esas montañas de papeles!... Fuerzas buenas y malas. Y todas pasan por sus manos, sin que usted pueda hacer nada para contrarrestarlas o fomentarlas...

El empleado, hombre recio y de boca severa, me echó una mirada inquisidora. En sus ojos resplandeció una chispa de íntima comprensión. Sentí que tenía mucho que decirme aquel hombre, que manejaba los grandes billetes de banco como si fueran simplemente boletas impresas.

—¿Alguna vez ha tenido usted oportunidad de tener un millón entre sus manos? —me preguntó obedeciendo a un impulso repentino. Le dije que no. El empleado de banco miró en derredor, y al comprobar que nadie nos observaba, levantó rápidamente un fajo de billetes de mil francos y me lo alargó. Lo tomé con mi mano, teniendo cuidado de dejarlas en el sector rodeado por la reja, para no abusar de la confianza de que se me hacía objeto.

—Pesa mucho y poco a la vez —dije.

—Si usted se lo llevara —manifestó el cajero— no creo que se sentiría mejor, ni más feliz. Lo único que importa de verdad es esto —y señaló el corazón—. Esto continuará siendo suyo, aun cuando le despojen de su última camisa. Y los réditos que produce dependen exclusivamente de usted...

Le devolví el millón que volvió a poner en el mismo lugar en que había estado. Por un instante había tenido entre mis manos, castillos, campos, fábricas, oro y diamantes y ya todo me había abandonado.

—Ante la Eternidad nadie conserva eso por más tiempo de lo que acabo de tenerlo entre las manos —dije, recibiendo luego la suma que me correspondía y que, por algunas semanas, habría de librarme de la preocupación por el pan nuestro de cada día. Sin duda había detectives en la casa, me dije luego, pero aquel gesto extraordinario me inspiraba respeto.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

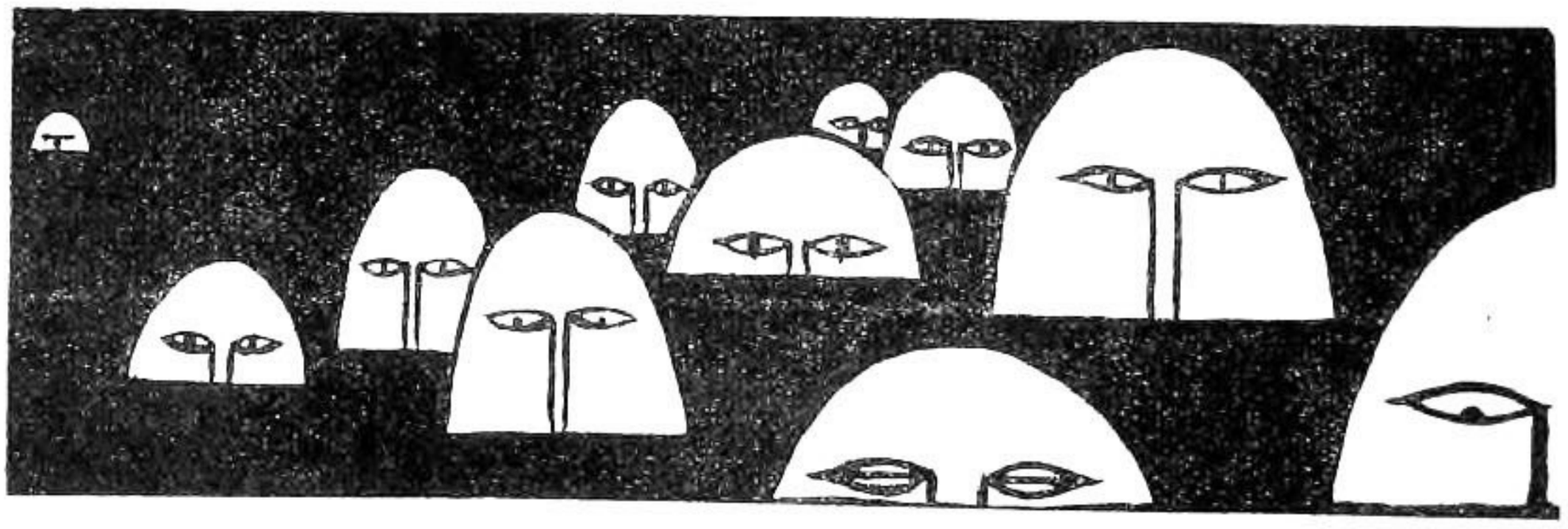
Al día siguiente volvía a encontrarme frente a una ventanilla. Tenía que expedir un paquete en el Correo Central y era preciso entrar en una larga cola. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos entregaban uno tras otro sus bultos, grandes o pequeños, al empleado que, indiferente, verificaba su peso, para luego amontonarlos a sus espaldas. A medida que me acercaba a la ventanilla percibí los gestos inquietos de una anciana, vestida de negro, de semblante enjuto y apenado que, delante de mí, había esperado hasta ahora pacientemente su turno. Oprimía su paquete contra el pecho como si temiera que a última hora se lo arrebataran. Suspiraba repetidas veces y seguía con cierto temor los movimientos del empleado de la ventanilla. Lanzó un grito sofocado al ver que éste tiraba con brusquedad sobre el creciente montón una cajita que la balanza había indicado como demasiado pesada. Cuando por fin le llegó el turno, comenzó a sollozar. El empleado la miró con más fastidio que simpatía, revisó la dirección del paquete que le había sido entregado con ademán titubeante y como resistiéndose a una violenta oposición interior. Entonces, sin quererlo y compadecido, pude leer, mirando por encima del hombro de la mujer: "A la administración del cementerio de Cuxhaven".

—Valor declarado —confirmó el empleado con voz más cálida. La mujer, estallando en sollozos, dijo como disculpándose:

—Era marino y quiso ser enterrado en su pueblo natal. No tengo dinero para acompañar sus cenizas...

El empleado le pidió suavemente el importe del franqueo y depositó cuidadosamente el paquete junto a los otros. La mujer le echó una última mirada, mientras yo me acercaba a la ventanilla para hacer mi envío insignificante.

WERNER BOCK



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA CASA

Allá estarán las cosas todavía
a punto de no ser, contradiciéndose.
En el hastío de las escaleras
y en la resignación de las paredes
aun seguirá creciendo aquella sombra,
con su sed de presagios inminentes.

Aquella sombra, ay, aquella sombra,
fría como la sal y como el verde.
Con su olor herrumbrado, con su historia
de confidencias y de pareceres,
caía en el ramaje de mis hombros
con la perseverancia de la nieve.

Yo nunca tuve edad. Por eso entonces
crecí en la medida de mi muerte,
ante la certidumbre del dolor
y la presencia de lo inexistente,
y la frialdad de las antiguas voces,
sólo atentas a sus atardeceres.

Dejadme que imagine: allí quedaron
los guantes amarillos del jinete,
el crucifijo, las lamentaciones,
la ácida vigilia de la fiebre.
(Consternación que pudo edificarse
en el mundo asombrado de mi frente.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Yo sé que quise huir de los espejos
deshabitados insistentemente,
de la cal angustiosa, de la fecha,
de la persecución de los caireles,
de sombras que llovían por los muros,
lentas como la miel, y amargamente.

Es verdad que nací para estar triste
junto a cualquier ventana, cuando llueve.
Pero eso sí: guardadme mi silencio,
aquel tan habituado a mis papeles,
desordenado como las estrellas,
amigo de mi voz, sencillamente.

No me llevéis a las habitaciones
donde sollozan doloridos seres,
en donde no podría habitar nunca
el aire que respiran los juguetes.
Porque no quiero ver anochecida
mi propensión a los amaneceres.

MARÍA ELENA WALSH

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

THOMAS DE QUINCEY

I

Es tan diminuto, escribe de él la hermana de Wordsworth, Dorothy, compañera del poeta, en su casa y en sus largas marchas por el paisaje del Distrito de los Lagos, donde también Thomas de Quincey se había establecido, en admiración por William Wordsworth, y donde pasa una considerable parte de su vida.

En Edimburgo, Carlyle fué llevado una vez hasta el lecho de enfermo de Quincey: allí dentro era apenas visible. "De noche, a la luz de la vela, sentado a una mesa", escribe el mismo en otra ocasión, "se le tomaría por un niño, radiante con sus azules ojos, si algo en su expresión no dijera: Este niño ha estado en el infierno".

Quizá exageran ambos un poco; Dorotea, porque tenía siempre ante los ojos a su largo hermano, o porque Quincey se mostraba mucho con el crítico Wilson, de figura gigantesca; Carlyle, porque sus ojos deformaban todo. La mayoría de los amigos de Quincey, y no sólo Wilson, eran por lo demás altos tipos conformados por la naturaleza para dar potentes zancadas. Entonces, al principio del siglo, en los últimos decenios del *mailcoach,* que Quincey describe en un ensayo célebre, están en auge en Inglaterra las largas marchas, diurnas y también nocturnas. Junto con una nueva y más dinámica –la noción está aquí en buen lugar– contemplación de la naturaleza. Quincey calcula para Wordsworth de 165.000 a 180.000 millas inglesas de marchas a pie, que día por día se extendieron por una vida que duró ochenta años. Por otra parte, Quincey era aficionado a calcular, a medir: el número, digamos, de los peldaños que en la quinta de Wordsworth llevaban hasta el cuarto en que él vió por primera vez al poeta; el número de pies en largo y en ancho del mismo cuarto, etc. Con todo eso dejó pasar cuatro años antes de juntar bastante valor para cumplir con la invitación de Wordsworth. El ya mentado Wilson, el amigo más servicial y atento de Quincey, siendo estudiante, salió de Londres una vez después de la cena, y llegó a Oxford a pie en el justo momento en que el portero abría de mañana el portón de su colegio.

Empero, con todo lo pequeño que era Quincey, no había desproporción entre cabeza y miembros, como, digamos, en Gottfried Keller, que desde la poderosa y expresiva cabeza hasta las piernitas se achicaba y entecaba por grados y sectores. En Quincey todo era proporcionado y bien crecido. Con coyunturas de elfo, de Puck en el *Sueño de una noche de verano,* se diría. Era el ser más gentil que uno puede figurarse, "gentil" en el alma, como se dice:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ser gente, tener dón de gentes, andar entre gentes, que es decir también gracia en los movimientos, en las coyunturas, según ya usamos la palabra. En edad avanzada se dejó crecer una barba de un pie de largo —a causa de su salud—, lo que nadie podía entender. En ese entonces lo describió Payne como "viejo mendigo con maneras de príncipe". Otro, que lo encuentra con frecuencia en Edimburgo, donde Quincey pasa los últimos años de su vida, escribe de él que se mueve, va y viene, aparece y desaparece como un espíritu. Eso era en los tiempos cuando, leyendo, volcó la vela por casualidad, de modo que prendió fuego a una cantidad de manuscritos yacentes por el cuarto. Una vez había empezado a quemarse su cama, y no lo notó hasta parecerle que una hoja del libro que leía se iluminaba con claridad insólita. Otra vez empezó a quemarse su propio cabello: "¡Papá, tu pelo se quema!" clamó una de sus hijas, sentada cerca. "¡¿Ah, sí, mi hija?", contestó, y sin mirar tanteó el cabello hasta apagarlo.

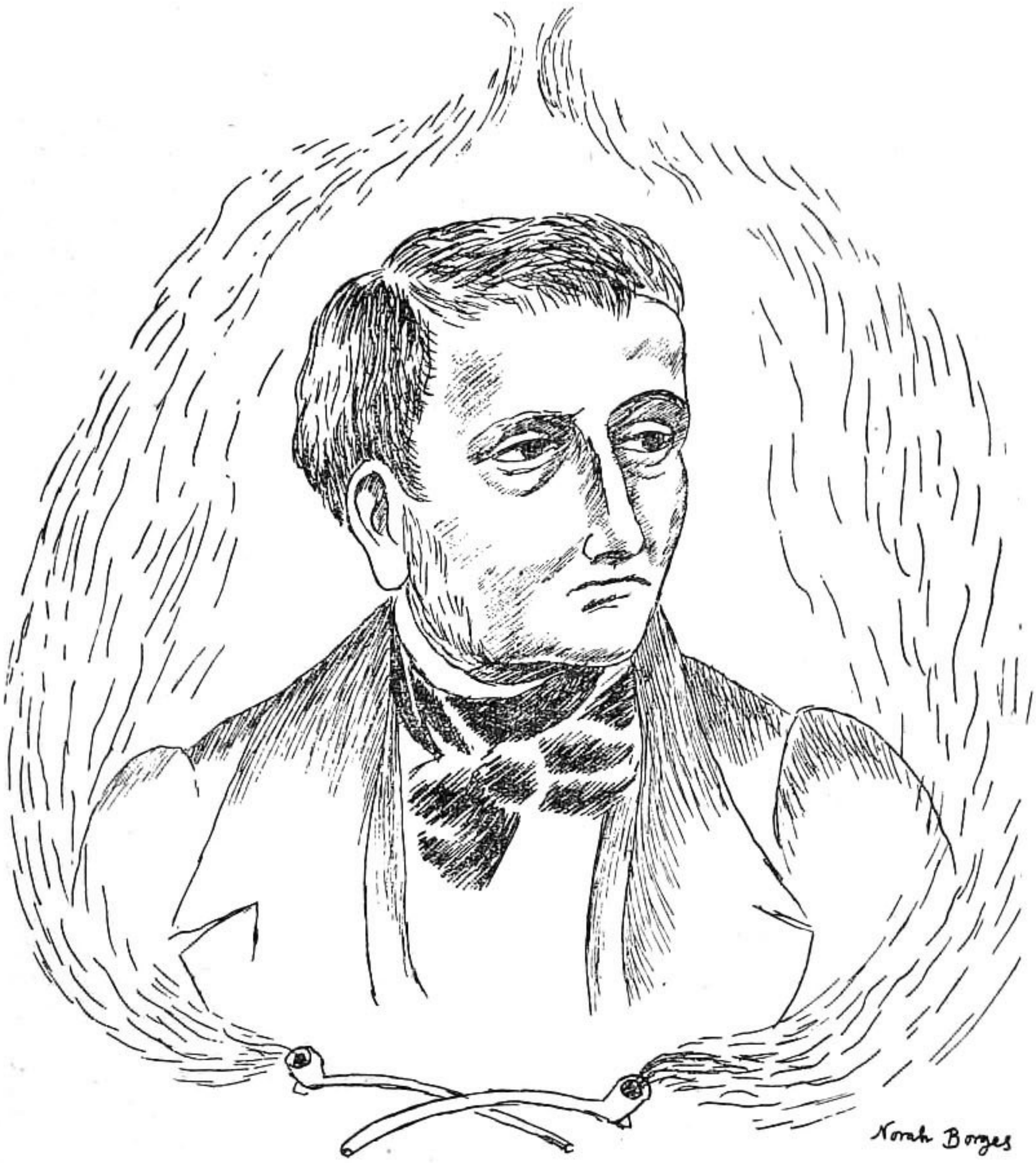
La fortuna heredada por la temprana muerte de su padre, fué derrochada muy pronto, así que debió trabajar toda su vida, dada una numerosa familia que mantener, escribiendo para revistas como Blackwood, Tait's y otras, y también para diarios. Tuvo períodos de plena miseria. Más de una vez en su vida tuvo que pasar la noche al raso. Sin embargo el dinero no tenía importancia para él. Se había propuesto en Oxford cuando estudiante, que el dinero no se le entrometería, y que no debía estorbar su desarrollo espiritual en lo más mínimo. Y así lo ejecutó hasta lo último. Los espíritus no tienen dinero, los espíritus no lo necesitan, el dinero es pura invención humana. Quincey no sabía nunca cuánto poseía ni cuánto debía. Daba exactamente cuanto llevaba consigo. Una vez quiere pedir prestados de un amigo siete chelines. Para mostrar que sus bolsillos estaban vacíos, los recorre con la mano, y de pronto saca un billete de cincuenta libras, todo estrujado.

*

Siendo ambos, Quincey y Baudelaire, opiómanos, los más célebres en absoluto, de su tiempo y de Europa por destino —Baudelaire es un diletante que probó muchas otras cosas, uno que por erotismo y sus derivaciones en lo físico y espiritual estaba maleado para el puro uso y la pura recepción de lo que el opio es— y como en sentido propio eran comedores de opio de veras Quincey y Samuel Taylor Coleridge, podría compararse alguna vez el rostro de aquél con el del segundo. La potencia de la frente, de la divina frente, como la llama Wordsworth, se pierde toda en Coleridge hacia abajo en un mentón apenas existente, en una boca blanda y acuosa que arrastra las palabras, de labios mal cerrados y dientes prominentes y alejados entre sí, boca que nada retiene y nada supo conservar del magnífico exordio de la juventud, entregando todo en seguida, y dejando muy pronto degenerarse un gran saber viviente y sentido en mucha sempiterna charla, donde las palabras se confundían entre sí de fácil gana.

¡En cambio, cómo descansa en Quincey la buena frente, amplia y saliente, con el cabello juvenil por encima y más allá, aun después de encanecer temprano, equilibrando un sólido mentón, nada terco, que como apoyándose en la cabeza entera, dejaba todo bien diseñado en su lugar propio! También hay que estudiar eso en la cabeza toda. Los labios son delgados y muy elocuentes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Sin humedecerse como en Coleridge. ¡Cómo se salían de éste las duras, algo pétreas, formaciones conceptuales de la filosofía de Kant y de todo el Idealismo alemán, envueltas en muy abundante saliva! Nada de esto había en Quincey. Sólo que los dientes le negrearon pronto por el uso del opio, y dañados por lo mismo, en poco tiempo se le cayeron todos. Y quizá no estaban bien las dos malignas arruguitas, además, que de ambas alas de la nariz bajaban hasta las comisuras, signos de mala digestión, de mucosas gastadas por los venenos. Pero no las pensamos tan deformes que anularan lo de espíritu, de elfo, de su gentil presencia, ni que siquiera la disminuyeran perceptiblemente.

Coleridge fué sin duda un genuino genio, que significa, como Keats, un nuevo ver para la poesía inglesa, y, donde todavía está todo en buen orden, un pleno creador. Quincey, que no sólo lo admiraba, como Wordsworth, sino que también le tenía gran cariño, y, cuando estuvo en posesión de la herencia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

paterna le hizo el regalo de una cuarta parte de ella, aunque en verdad por una ternura indirecta, por vía del editor de Coleridge y su amigo Cottle, Quincey dice de Coleridge: "el opio mató la poesía en él". No es fácil en esto distinguir entre causa y efecto. Queda el hecho de que Coleridge sólo años después de aparecer sus célebres primeras poesías y baladas se asió del frasco de opio, y que más tarde no produjo ya nada que aun de lejos fuera comparable con ellas. Pudiera ser también que el opio debió llenar el vacío que le quedó después de la bendición y la plenitud de tan gloriosos comienzos.

Donde Coleridge es bueno, lo es, como Keats, de calidad suprema. Espíritus ingleses gustan en ocasiones de nombrar una vez y otra el poema único, el más bello de toda la literatura de su patria. Si recordamos bien, Swinburne declaró que cinco versos del "Kubla Khan" de Coleridge eran la estrofa inglesa más hermosa. Por cierto se puede pensar que otro siente o juzga de otro modo, y diga eso mismo del soneto de Milton a su ceguera, y que un tercero se quede con la *Oda para una urna griega* de Keats.

Pero sea como sea, y dado que aquí nos ocupamos del opiómano más célebre de la literatura universal, querríamos expresar la siguiente idea y opinión: que todo espíritu esencial y centralmente creador por la totalidad de su ser, tiene bastantes más motivos para abstenerse de cualquier clase de estimulantes, narcóticos y venenos que el exuberante —llamémoslo así— o también el virtuoso, y que justamente el creador tiene por lo tanto como deber más alto *uno*, el de nutrir y guardar la "santa sobriedad" de Hölderlin. Nos parece que podemos dejar por sentada esta máxima, voluntariamente laxa, sobre un hecho certificable por la historia del espíritu y la experiencia. Nos pareció siempre significativo que Goethe y Kant no soportaran el café, aunque les gustaba mucho, mejor: porque les gustaba mucho. Parece que Kant lo podía beber sin daño al principio; pero cuando su cerebro hubo perdido su capacidad productiva —y se lo sabe, por narraciones de su discípulo Wasianski, traducidas por Quincey, dicho sea de paso— por incipiente imbecilidad senil, a causa de esclerosis de alto grado, solía atisbar, desde lo alto de la escalera de su casita, hasta oír los pasos del sirviente que le traía la jarra de café, clamando entonces jubiloso y palmoteando: "Veo tierra".

Altos asuntos del espíritu, tales como la Estética Transcendental y otras obras de Kant, han brotado en su plenitud de la mentada santa sobriedad y, por ello en ningún momento nos han parecido pura abstracción: este mundo de ideas lo sentimos positivamente como un mundo, como tierra, paisaje de piedra y luz sin crecimiento y sin el calor de lo creciente, pues todo en ello, en el pensar llegó a su fin, aparece petrificado, helado, y en ese fin eterno dura. Quizá por eso no nos gusta que Quincey soliese de preferencia leer y meditar justamente a Kant en su embriaguez de opio, como si éste hubiera podido ayudarle en algo, hubiera querido inspirarle algo, de lo que Kant por sí mismo y continuamente no emanara de su "santa sobriedad".

Referimos ahora lo que sigue, de propia experiencia: siempre nos llamó la atención en Rainer María Rilke, y se lo manifestamos a él mismo, con asombro quizá no exento de envidia, que pudiera él despacharse una cantidad enorme de café, sin percibir ningún efecto excitante o dañino en su producción, en su fuerza creadora. No nos es posible dejar de ver este hecho en relación con toda su poesía, con la esencia más íntima de su pensar y su sentir, y ante

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

todo con su concepto de la palabra, sobre el que se basa su arte, y del idioma como material del poeta, que éste debe tratar como el escultor la piedra.

Todo esto se falsea desde el momento en que la santa sobriedad se hace cuestionable. ¿Qué significa ésta? ¿Qué significa que usemos "santa" también como auspicio? Algo enorme: la solución de la gran paradoja en el hombre, lo que quiere decir que por esta santidad la sobriedad y la embriaguez se hacen una cosa sola, y la sobriedad es el más alto grado de la embriaguez. Pero para que este proceso se ejecute los hombres han inventado la santidad, según se dijo, como auspicio. Y ahora obsérvese esto, que sólo la palabra, y no también la piedra o el color o cualquier otra cosa o material fuera del hombre, está llamada para esto: para figurar como expresión de la gran paradoja en el hombre entre lo interno y lo externo. Sobre ello se basa en última instancia la superioridad de la palabra y del arte de la poesía, hecho que ya hemos indicado en otro lugar.

Santidad en este sentido especial no quiere decir propiamente otra cosa que consagración del centro, quiere decir centro del hombre y no centro del mundo, ombligo del mundo, centro en que está el creador o en torno del que gira. Cuando decimos, pues, que al poeta hay que acertarle en el centro, no queremos afirmar otra cosa sino que en él debe hallarse una medida y una validez. En sus "Elegías de Duino" Rilke había abandonado, o más bien, pues nos parece más natural, perdido su temprana teoría del trabajo del artista, que de seguro se nutrió de su trato con el escultor Rodin.

Los santamente sobrios son también los exactos, en quienes se interpretan en pleno y sin reservas intelecto y modo de ver, reflexión y encanto, interior y exterior. Muchas veces se trata de hombres enteros y sus obras, como en Juan Sebastián Bach, Leonardo da Vinci, y muchas otras veces, sólo de una obra única. En el "Sismo de Chile" de Heinrich von Kleist descubrimos acaso esto último, pues la rememoramos en este momento justo.

Los otros, a los que más les es permitido usar de estimulantes, son, con un resto sobrante que no quiso incorporarse al todo, los exuberantes, los que desparraman lejos su obra, la exudan, en ella se entregan, se abandonan, se renuncian y en lo esencial se exceden a sí mismos: autoverdugos y seductores, desplazantes y desplazados, desde los sólo interesantes hasta llegar a los titánicos, pequeños y grandes, abarcando menores y mayores. Entre muchos contamos a J. J. Rousseau, Byron, Shelley, Swinburne, Schiller, seguramente también a Ricardo Wagner.

De Victor Hugo contó André Gide una vez, que necesitaba cubrir páginas enteras con versos obscenos, para llegar después a la genuina inspiración, en que lograba la poesía que quería atraerse. Aquí estamos alejados lo más posible de la "santa sobriedad" de Hölderlin, y alcanzamos una clase especial de estimulante: al desalojo, despejo y vaciado de detritos, al desmenuzarse estratos enteros de algo vivido y también muerto, de estados de embriaguez erótica, vieja y endurecida, en ascetismo, en la liberación de sí mismo, del virtuoso, erótico-poético. Tenemos pues la noción de que los virtuosos, o los hombres en cuanto lo son, están menos que nadie en peligro de que estimulantes los molesten o destruyan o liguen o falseen. ¿Pero quién es virtuoso o hasta qué punto es éste un hombre? Damos aquí como respuesta: el que no tiene centro, o uno en cuanto no lo tiene o no es tocado en él, o no puede en él ser tocado. Un algo inexacto. O uno muy refinado, por sobre toda clase

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de groserías o vulgaridades. Un impuro, o, mejor dicho, uno que no distingue entre lo puro y lo impuro, porque quiere el resultado, el efecto.

*

Repetimos nuestra opinión, de que todos los estimulantes y narcóticos son más dañinos para el hombre que sea creador, en la medida en que él tenga centro, centro sea y en el centro pueda ser alcanzado, con tanta frecuencia como se quiera, y además, que el daño se hace menor, cuanto más lo puramente creativo se mezcle o se disuelva en lo virtuoso (en cuyo lugar podría ponerse también lo diletante). Al puramente virtuoso todo le acierta, digámoslo así, en la tangente, por lo cual de seguro le puede corresponder una cierta dicha, merecida.

Thomas de Quincey no era por cierto un creador en sentido estricto, el que siempre debería estar unido con lo creativo; era todavía menos, pues justamente no era un virtuoso. Ninguna virtuosidad, ningún amaneramiento, de cualquier clase que sea, está ligada con él o con su obra. ¿Qué era ésta, entonces? Contestamos: expresiva en un único sentido, expresiva como nos imaginamos que lo son los espíritus y no de otro modo, si éstos tampoco quisieran ni desearan ser más, es decir, que no necesitaran ni escribir odas, dramas o epopeyas, ni esforzarse de cualquier modo fuera de sí mismos, para conseguir expresarse. Por lo cual también les falta lo paradojal humano y en su lugar tienen centro, el suyo, el centro de los espíritus en vez del centro de los hombres. Sólo desde éste les es posible, nos es posible, ser expresivos. Sólo que en este centro de los espíritus es lábil, flotante, mudable, con frecuencia un mero capricho, un deseo, tal que así mi día no es el tuyo y mi noche no es tu noche. De este modo vivió Quincey su vida hasta lo último, no siendo ya más su día y su noche el día y la noche de los hombres, pues su sol no era el sol de los hombres, sino el artificial del opio, que podía y debía brillar cuando él, el único hombre entre muchos, lo quisiera.

Quincey ha hecho así lo que sólo está permitido a los espíritus (con su centro bien definido, comparable al de las estrellas): saltó por sobre la instancia ética, para hablar con Kierkegaard, se colocó sobre lo general, lo general-humano, que como tal requiere últimamente que un centro siempre quede encerrado en otro más amplio, hasta que al fin, en lo infinito, por decirlo así, no quede ya ninguno, o sólo exista uno, divino. Quincey ha hecho de sí mismo un caso especial, y en ello se mantuvo hasta su hora última, lo que hace inferir una voluntad demoníaca, que en verdad existía. Siempre tornaba él a vencer y siempre quedaba otra vez vencido; la cadena, la larga y pesada, de sus días y noches se componía de victorias y derrotas, tantas que no se podía esperar que las unas despacharan a las otras, y sólo debemos asombrarnos de la demoníaca voluntad, de la porfía con que soportó el continuo cambio, pudiendo dejar una obra voluminosa en todas sus partes penetrada por igual de sangre de su espíritu.

Empero los espíritus deben ser magos (en vez de obrar con generalidades que ya sobrepasaron). La magia de Quincey está muy definida y exactamente en lo que en lengua de sociedad se dice encanto, al que se sometieron todos los que se le acercaron, sin excepción. Hablando humanamente, su vida, que desde los dieciocho años hasta la muerte estuvo bajo el dominio del opio,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fué, no sólo para él, sino también para su círculo personal, esposa, hijos, amigos, a veces muy mal soportable o en alto grado un tormento, a no ser porque ese encanto de su personalidad en toda circunstancia se manifestaba, y siempre reatraía la gente bajo su hechizo.

¿Si no hubiera sido así, habría arreglado Wilson sus reuniones sociales nocturnas según el momento en que el opio obraba en el amigo? Con frecuencia hacía efecto el narcótico recién a las 3 de la mañana, y entonces quedaban juntos los amigos hasta las 3, para poder escuchar como iluminados la mirífica elocuencia del ebrio. Cuando Quincey volvía para casa después de su paseo de la noche, mientras los demás iban por sus negocios, ninguno de los amigos o vecinos se extrañaban, pues todos sentían que cada uno tiene su propio sol, su propio día y su noche propia.

No conocemos de esa época ningún espíritu que pudiera darse por antípoda de Quincey como no sea Carlyle. Empero tenían ambos algo en común: el amor e interés por la literatura y la filosofía alemanas. Carlyle se irritó al principio por la crítica huera, en verdad frustrada, que hizo Quincey de su traducción del *Wilhelm Meister,* y escribió en una carta la frase sobre él, pronto difundida: "lleva un frasco de láudano en el bolsillo y tiene el veneno de una avispa en el corazón". Cuando poco después llegó a conocerlo se encariñó con él (en cuanto Carlyle podía encariñarse por algo que se le pusiera delante y se moviera), lo llamó "pobre viejo mendigo yéndose a su pobre alojamiento" y lo invitó a Craigenputtock. Juana Carlyle lo cuidó en una de las terribles crisis que solían presentarse en la vida de Quincey, después de un exceso en el goce del veneno.

Llamamos pues a Carlyle el antípoda de Quincey. De hecho Carlyle no tenía nada de espíritu. Para él los espíritus pertenecían al infierno, o tenían allí su lugar geométrico. Su preocupación era sólo para "la instancia media" y para afirmar y legitimar la misma por el Héroe. De esta preocupación había surgido el héroe, y venía también el humorismo de Carlyle, esta medida de lo desmedido y además de lo antiheroico, con que luego Carlyle se corregía a sí mismo, y su humanidad, sus debilidades, sombras y enormes fallas y faltas, o se capacitaba para trasmutar su evidente resentimiento en admiración y respeto. De este humorismo, lo mejor y más humano de Carlyle, no tenía por otra parte Quincey nada, antes bien el suyo quizá se emparentara con el de los espíritus y elfos del *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, donde hay tanto de resentimiento como en la gran alma del propio Shakespeare. Léase en la segunda escena del segundo acto, en el diálogo entre Oberón y Titania, el pasaje que comienza: "Set your heart at rest. The fairyland buys not the child of me".

Todavía más sobre Quincey como espíritu: cuanto más vivía, tanto más decidido y exclusivo era su gusto de sumergirse en el recuerdo, de modo que para él pasado y futuro existían del todo separados. ¡Como si el centro del espíritu se hubiera hecho un hueco! Esto podría decirse en especial para todos los que se han sometido a un veneno; pero debe aplicarse en general a los espíritus que viven, querríamos creerlo, en el tiempo absoluto. ¿Y dónde se dejan separar pasado y futuro como en éstos? ¡Para los humnos, en cuanto no les es lícito saltar por sobre la "instancia media", importa ante todo no romper el puente entre futuro y pasado, y así entonces vivir "resueltos y del todo" y hacer el trabajo o la obra. Por eso queremos decir que Quincey no

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

penetró ni comprendió a uno solo entre los grandes hombres: Goethe, a quien Carlyle, el antípoda, en cambio, por ello en el fondo de su ser admiraba más que a los otros héroes y legisladores, porque Goethe era la única figura de la "instancia media", la única figura posible de ésta entre los "héroes", el único mediador heroico entre los máximos de los extremos, y por ello perteneciente a un pueblo que a veces no logra su centro.

*

Quincey nació en 1785, nacimiento muy cercano al de Schopenhauer y de Grillparzer. Si alguna vez se quisiera establecer un mapa de los años de nacimiento de grandes hombres, parecido a un mapa estelar, trocando tiempo y espacio, quizá se hallara que, como en un mapa exacto del cielo abundan estrellas en ciertos lugares y posiciones, así en nuestro mapa temporal, en ciertos años o épocas se juntan o arraciman densos los nacimientos de hombres notables. Una como milagrosa tal densidad hubo en rededor de 1770, cuando nacieron Beethoven, Hölderlin, Napoleón, Hegel, al final también William Wordsworth, aunque ya no podamos ver en él una estrella de primera magnitud, y en ello coincidimos con la mayoría de los ingleses de hoy capaces de juzgar tales cosas. Otra aglomeración de nacimientos célebres hallamos allá por 1813 (Kierkegaard, Wagner entre otros), y añadimos de buena gana 1815 (Bismarck). Con esto no buscamos sólo algo curioso, que como tal merecería también nuestra atención, sino más aún, pues aquí se aproximan mucho las leyes del ritmo y la probabilidad.

El padre de Quincey era socio de una casa de negocios por mayor, de Manchester, y así pertenecía al mismo estrato social que la *gentry* y el clero, es decir, no se contaba entre los *tradespeople*, lo que en la Inglaterra de entonces era más importante que hacia fin del siglo, o hasta también hoy. Los Quincey son de origen normando. Como Thomas de Quincey había crecido entre el odio contra Napoleón, y además había asimilado los usuales prejuicios del inglés de entonces contra todo lo francés (lo que por cierto no le impidió escribir un ensayo sobre Juana de Arco, como nadie lo hizo antes de él), siempre salía al encuentro de quienes suponían ser los Quincey franceses o que debían serlo, explicando que los Quincey procedían de Escandinavia, saltando así sobre la etapa más importante de la migración de los normandos. El padre murió tempranamente de tuberculosis, a la que sucumbieron dos de sus hijas de tierna edad. Una de las tesis favoritas de Quincey, referente a salud y su cuidado, presentada y discutida con gusto ante los médicos de Edimburgo, era que sólo con el opio se había podido preservar de parecida suerte y de la misma temprana muerte. Otra teoría era que sólo al opio se debía que en toda su vida, pese a un trabajo mental fatigante, nunca padeció dolor de cabeza. Sin pensar que en vez de eso tenía calambres de estómago enloquecedores. Justamente en Quincey sorprendemos que su época no tenía nervios, más aún, que se vivía bien sin ellos y sin idea de tales.

En Thomas de Quincey estuvo muy temprano ya todo reunido: el organismo más delicado, la voluntad más tenaz, excitabilidad de corazón y de fantasía, el apasionado anhelo de independencia y una inteligencia excelsa, de tal modo que en buena cuenta se le puede tener por el hombre de más espíritu de su época en Inglaterra, sin duda alguna. ¡Pero qué inteligencia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

hay que representarse, siempre con exceso de sensibilidad, hasta con cierta tendencia a sufrimiento, dolores, privaciones y soledad! ¡Qué no tuvo que sufrir, niño de seis años, bajo su hermano William, mayor en dos años, que no podía vencer la obsesión de librarse de la ley de gravedad, que le impedía pasearse por el cielorraso como una mosca, para cuyo fin se repitieron sinnúmero de ensayos con ayuda del mismo hermano! Y por su parte, de nada gustaba tanto como de ser tomado en regazo de mujeres y besado, o, en lugares escondidos del parque paterno, cavilar derramando lágrimas sobre un dolor imaginario.

Parece, en efecto, haber sido que no temía él a sus maestros, y sí éstos a su discípulo. Más tarde en Oxford le parecía ridículo dejarse examinar. Después del primer examen oral, al que todavía se sometió de buena gana, dijo el maestro al tutor: "Vd. nos mandó al hombre más inteligente que yo haya encontrado jamás; si su examen oral de mañana corresponde con lo que ha hecho hoy, se llevará todo por delante". Pero en ese examen oral de la mañana siguiente Quincey no apareció. Debe haber sido él uno de los más célebres "griegos" de Oxford, sino el más célebre. Quizá fué el segundo célebre el poeta Swinburne, de quien el indólogo Max Müller en 1898 refería en Oxford, que cuando tuvo que examinarlo de griego, contando aquel dieciséis años, le presentó con ese fin un texto de Eurípides, que Swinburne, cerrando el libro, recitó de memoria, con lo que Max Müller declaró terminado el examen.

Durante su fuga de la *Public School* de los montes galenses, quiso Quincey, entonces de quince años, escribir a cierto obispo una carta en griego para defenderse de sospechas sobre su persona y sus comienzos, por parte de su alojadora, que había sida ama de llaves del obispo, quien ahora la ponía en guardia contra "vagabundos en camino desde y para Irlanda"; pero renunció a esa carta temiendo que el obispo no entendiera bastante griego.

Opina un biógrafo que la vida de Quincey se puede dividir con asaz exactitud en dos partes. En la primera mitad fué todo aventura y vivencia, en la segunda fué todo escribir, reproduciendo por palabras lo almacenado en su memoria, lo vivido. El mismo biógrafo habla también de una doble vida de Quincey, del Dr. Jekyll y del Mr. Hyde en él, y de la capacidad de Quincey, desde temprana edad, en separar la vida del espíritu de esa otra tan múltiple, que de modo siempre vivaz y apasionado lleva, junto con gente de cualquier ocupación, situación y clase. La correcta interdependencia y funcionamiento de ambas mitades tienen tanto que ver con lo que llamamos expresividad de Quincey, como con lo central de los espíritus, lo aislado y fantasmal de la existencia, con la magia del hombre en total. Gracias a esa magia, no retrocedió ante la inmoralidad que significa la embriaguez del opio y de todo otro veneno.

En Quincey, empero, no había tampoco huellas de ese *cant,* que en nuestra opinión contribuye con lo demás a la formación del carácter del inglés. Estamos seguros de que no hubo jamás un inglés con menos *cant* que Thomas Quincey. Hasta creemos poder afirmar que en los catorce tomos de sus obras completas no aparece en absoluto esa palabra. Se podría llamarlo inmune contra ella, lo que también es cosa de espíritus, mientras que hombres como Byron o Shelley sólo se alzaron contra el *cant* o, como se dice, lo fustigaron, porque de algún modo habían de temer su infección.

Wordsworth, que Quincey tenía por el poeta mayor de su tiempo, pero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a quien en lo humano no podía acercarse, y que quizá con los años, sin poderlo justificar, más y más le repelía, había rodeado lo creador en él de una costra de *cant,* que con la edad y la menguante fecundidad se hacía siempre más densa y firme. Aquí, como se ha dicho, a causa de lo creador se queda uno con la costra. En cambio, en el Dr. Johnson el *cant* forma parte de su enorme personalidad, tanto como, en nuestra opinión, el opio de lo espiritoso de Quincey. Por lo cual, por ejemplo, dos preguntas no deben nunca hacerse: ¿qué hubiera sido del Dr. Johnson sin *cant?* ¿No hubiera sido un santo? Esta es una pregunta. La otra es: ¿Y qué sería Quincey, el mágico, si desde los dieciocho años hasta el fin de su vida (de setenta y tres años) no hubiera comido o bebido opio?

La coexistencia de lo uno con lo otro en ambos casos: de la personalidad con el llamado *cant,* del encanto y el espíritu y la regla espiritual con la embriaguez por el veneno, es plenamente inglesa y no se dejaría realizar así ni en un francés ni en un alemán. Cuando Sainte-Beuve llama al Dr. Johnson, cuya vida y diálogos, según describe y reproduce Boswell, siguen siendo el libro más popular de Inglaterra después de la Biblia, "le roi des cuistres", deja ver sólo una cosa: que de la esencia inglesa no ha presentido ni sentido, sabido, notado ni olido nada.

(Concluirá)

RUDOLF KASSNER

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

JULIAN QUEBRACHO

I

¡Pobrecita! Lo que había empezado por sospecha, siguió con miedo, y se estableció, por último, como terror en su sangre plástica y creciente.

¡Pobrecita! Mucho le costó admitir la posibilidad, la certidumbre de este engaño atroz.

Lo creyó un hombre de amor y palabra.

Ahora, no encuentra solución decorosa ni hábil. Ignora absolutamente la estrategia de la vida. No sabe de escapatorias. Carece de ingenio sorteador.

Y el drama es fatal y será visible en el tiempo. En el tiempo que sigue sin lástima ni contemplaciones.

Su trágico simplismo sólo atina a presentarle dos remedios. Y en seguida. O decírselo al padre, o eliminarse.

II

Julián Quebracho es un gaucho de moral dura y clara. Cuida sus pasos, su casa y sus cosas con la conciencia en guardia. Es, también, un hombre de buena fe.

Viudo desde hace seis años, había quedado con la familia sobre sus manos, a medio enderezar; ayudando a crecer sus espigas menores, acompañado de la hija mayor que le resultó un ejemplo de obediencia y diligencia.

Catorce años contaba Angelina, cuando murió la madre. Y tuvo que transformarse en madrecita.

Julián Quebracho, viéndola tan formal y solícita, llegó a mirarla con una consideración, donde lo paterno llevaba mucho de fraternal y confiado.

Angelina se hizo una presencia seria y dominante en la casa. Todo giraba al sano resorte de su palabra y de sus movimientos.

Hoy se ve una mujer de veinte años, amarga y humillada.

¿Qué ha pasado en esta vida curtida y precoz que ya no empuña los actos ni hace apacible y ágil el ritmo doméstico?

III

Un mozo, Luciano Miraballes, entró en el corazón de Angelina. Y ha tejido esta atrocidad.

Hijo de una familia vecina, Julián Quebracho le permitió que visitara a la hija madrecita. Era un muchachón simpático, de excelentes referencias. Traía mejores intenciones . . .

Pero, Luciano no hizo honor a sus promesas. Consumó la tremenda haza-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ña. Aquello era el tizne moral y el derrumbe infamante de una familia buena, bien considerada y sin madre en el centro.

Realizado el plan destrozador, desapareció un día. Y no volvió más.

Entonces, hizo cuerpo la alarma de Angelina y el recelo de Julián Quebracho. O decírselo o... eliminarse.

IV

No fué necesario.

—¿Qué le pasa, mi hija, que anda tan quebrada?

—Luciano no viene más.

—Y ¿de ahí?

Penosamente:

—Es que me ha dejado...

—No siga, mi hija. Lo adivino.

Después de un ácido silencio:

—Dígame bien la verdad, mi hija. ¿Usted lo quiere?

—Lo quiero, sí.

—Yo se lo voy a traer, pues. No se aflija.

V

Hombre de profundo equilibrio humano, Julián Quebracho no pensó en inculpar a la hija. Sabía, pór un conocimiento visible de la vida, que en los percanches de amor, la mujer lleva siempre el patético destino de víctima.

Una mujer enamorada es un juguete peligroso en los dedos de un hombre. Está en la conciencia del varón salvarla o perderla. La mujer se entrega dócilmente cuando ama. El hombre debe agradecer eso. Cuidar ese regalo maravilloso, y hacerlo brillar como flor del cielo.

Este mozo ha traicionado la misión de su sexo y la confianza que Julián Quebracho le dispensara.

A él le corresponde arreglar el asunto. Es el padre y el responsable del descuido.

—Yo se lo voy a traer. No se aflija.

VI

Ensilló. Montó. Y tomó el camino íntimo y chilcado que lo fué conduciendo hasta la portera grande. Entró en el camino real. Y enderezó al galope en dirección a los talas protectores de las casas de su compadre Regino Miraballes, padre de Luciano.

Encajonado en el galope, se puso a pensar en lo que podría hacer al encontrarse con el perjuro. Abrirlo a puñaladas. Darle de bofetones. Exigirle que reparara en seguida la ofensa que mancillaba su nombre.

Haría esto. Después... veríamos.

En las casas del compadre le informaron —preocupados— de la inexplica-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ble, rara y larga ausencia del hijo. Muchos días iban que no aparecía por allí.

No quiso oír más. Dió vuelta. Espoleó. Y reanudó el galope, con disgusto guarango, retomando el camino.

VII

Anduvo toda esa tarde consultando ranchos, amistades dispersas y viajeros de cruce.

La nochecita lo acercó a la luz ancha y salida de una pulpería.

Desmontó. Traspuso el leño del umbral. Saludó al pulpero y a un paisano conocido que estaba para irse.

—¿No me han visto a Luciano?

El pulpero con cierta malicia:

—Lo han visto ya, pero . . . no por aquí.

—¿Por dónde, pues?

—Por lo de Goyo Amaro. Parece que el hombre le anda arrastrando el ala a Carolina . . . la mayorcita.

¡La mayorcita! Esto le pinchó en el centro de la atención cargada. Coincidencia preferencial. ¡La mayorcita!

No quiso oír más. Volvió a montar. Y se metió en la noche.

———

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡Por lo de Goyo Amaro!

La pulpería cercana sería un puesto eficáz. Tenía que encontrarlo. Que agarrarlo.

A la intemperie durmió sobre piedras cameras, techadas de espinillos y talitas crespos.

Al aclarar, se fué allegando a la estancia del compadre Rosendo López.

Desde el caballo, al capataz:

--Vengo a pedirle un lazo bien sobado. Me han invitado a una yerra. Y no quiero hacer un papel.

Le alcanzaron el lazo. Lo sabían pialador de ley.

Julián Quebracho embutió como un arco los rollos en el pescuezo del caballo.

Cerca del mediodía llegó a la pulpería de la Piedra Blanca. Se apeó.

Desde allí se veían los poblados principales de la estancia de Goyo Amaro.

. . . Sin esperarlo, sus ojos empezaron a distinguir un paisano que se acercaba a trote de péndulo. Lo conoció despacio, afirmándose. Era Luciano.

Luciano, a su vez, reconoció el caballo de Julián Quebracho.

Media vuelta. "Me anda buscando."

Al doblar el freno y espolear, dando ancas, Julián Quebracho, saltó sobre su cabalgadura.

Fué un galope que se desató en carrera.

Julián Quebracho se tiró en su persecución.

El caballo de Luciano era más liviano y estaba más fresco. Julián Quebracho se dió cuenta de que se le iba a escapar.

Entonces, comenzó hábilmente a maniobrar en una hazaña de aligeramiento veloz.

Aflojó el cinchón, y resbalaron, yéndose, los cojinillos. Desprendió la cincha, y la mandó para el suelo con el basto y la carona, reteniendo solamente las jergas.

Fué consiguiendo ventaja.

Rápidamente, sacó el lazo y empuñó la armada, mientras espoleaba con reciedad.

Cuando lo midió al alcance, revoleó el culebrón de los aires.

Arrojado, apretó al huyente —justito— por la base de la cabeza. Y lo desmontó brutalmente, despegándolo de la masa equina.

Esa tardecita regresaba Julián Quebracho a sus viviendas, trayendo de arrastro la jaula escarlata del cuerpo de Luciano Miraballes.

Al dejarlo en el medio del patio, desmontó.

Y mostrándole a Angelina lo que quedaba del perjuro, por cuyas costillas superiores descarnadas se asomaba el corazón, como un pájaro vivo y aterrado, le dijo:

—Ahí lo tenés.

PEDRO LEANDRO IPUCHE

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NOTA SOBRE WALT WHITMAN

> The whole of Whitman's work is deliberate.
> R. L. STEVENSON: *Familiar studies of men and books.* (1882).

El ejercicio de las letras puede promover la ambición de construir un libro absoluto, un libro de los libros que incluya a todos como un arquetipo platónico, un objeto verbal cuya virtud no aminoren los años. Quienes alimentaron esa ambición eligieron elevados asuntos: Apolonio de Rodas, la primer nave que se atrevió a los riesgos del mar; Lucano, la contienda de César y de Pompeyo, cuando las águilas guerrearon contra las águilas; Camoens, las armas lusitanas en el Oriente; Donne, el círculo de las transmigraciones de un alma, según el dogma pitagórico; Milton, la más antigua de las culpas y el Paraíso; Firdusí, los tronos de los sasánidas. Góngora, creo, fué el primero en juzgar que un libro importante puede prescindir de un tema importante; la vaga historia que refieren las *Soledades* es deliberadamente baladí, según lo señalaron y reprobaron Cascales y Gracián *(Cartas filológicas,* VIII; *El Criticón,* II, 4). A Mallarmé no le bastaron temas triviales; los buscó negativos: la ausencia de una flor o de una mujer, la blancura de la hoja de papel antes del poema. Como Pater, sintió que todas las artes propenden a la música, el arte en que la forma es el fondo; su decorosa profesión de fe *Tout aboutit à un livre* parece compendiar la sentencia homérica de que los dioses tejen desdichas para que a las futuras generaciones no les falte algo que cantar *(Odisea,* VIII, *in fine).* Yeats, hacia el año mil novecientos, buscó lo absoluto en el manejo de símbolos que despertaran la memoria genérica, o gran Memoria, que late bajo las mentes individuales; cabría comparar esos símbolos con los ulteriores arquetipos de Jung. Barbusse, en *L'enfer,* libro olvidado con injusticia, evitó (trató de evitar) las limitaciones del tiempo mediante el relato poético de los actos fundamentales del hombre; Joyce, en *Finnegans wake,* mediante la simultánea presentación de rasgos de épocas distintas. El deliberado manejo de anacronismos, para forjar una apariencia de eternidad, también ha sido practicado por Pound y por T. S. Eliot.

He recordado algunos procedimientos; ninguno más curioso que el ejercido, en 1855, por Whitman. Antes de considerarlo, quiero transcribir unas opiniones que más o menos prefiguran lo que diré. La primera es la del poeta inglés Lascelles Abercrombie. "Whitman —leemos— extrajo de su noble experiencia esa figura vívida y personal que es una de las pocas cosas grandes de la literatura moderna: la figura de él mismo". La segunda es de Sir Edmund Gosse. "No hay un Walt Whitman verdadero... Whitman es la literatura en estado de protoplasma: un organismo intelectual tan sencillo que se limita a reflejar a cuantos se aproximan a él". La tercera es mía; consta en la página 70 del libro *Discusión* (1932). "Casi todo lo escrito sobre Whitman está

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

falseado por dos interminables errores. Uno es la sumaria identificación de Whitman, hombre de letras, con Whitman, héroe semidivino de *Leaves of grass* como don Quijote lo es del *Quijote;* otro, la insensata adopción del estilo y vocabulario de sus poemas —vale decir, del mismo sorprendente fenómeno que se quiere explicar".

Imaginemos que una biografía de Ulises (basada en testimonios de Agamenón, de Laertes, de Polifemo, de Calipso, de Penélope, de Telémaco, del porquero, de Scila y de Caribdis) indicara que éste nunca salió de Itaca. La decepción que nos causaría ese libro, felizmente hipotético, es la que causan todas las biografías de Whitman. Pasar del orbe paradisíaco de sus versos a la insípida crónica de sus días es una transición melancólica. Paradójicamente, esa melancolía inevitable se agrava cuando el biógrafo quiere disimular que hay dos Whitmans: el "amistoso y elocuente salvaje" de *Leaves of grass* y el pobre literato que lo inventó [1]. Este jamás estuvo en California o en Platte Cañón; aquél improvisa un apóstrofe en el segundo de esos lugares *(Spirit that formed this scene)* y ha sido minero en el otro *(Starting from Paumanok, I).* Este, en 1859, estaba en New York; aquél, el dos de diciembre de ese año, asistió en Virginia a la ejecución del viejo abolicionista John Brown *(Year of meteors).* Este nació en Long Island; aquél también *(Starting from Paumanok,* 1), pero asimismo en uno de los estados del Sur *(Longings for home).* Este fué casto, reservado y más bien taciturno; aquél, efusivo y orgiástico. Multiplicar esas discordias es fácil; más importante es comprender que el mero vagabundo feliz que proponen los versos de *Leaves of grass* hubiera sido incapaz de escribirlos.

Byron y Baudelaire dramatizaron, en ilustres volúmenes, su desdicha; Whitman, su felicidad. (Treinta años después, en Sils-Maria, Nietzsche descubrirá a Zarathustra; ese pedagogo es feliz, o, en todo caso, recomienda la felicidad, pero tiene el defecto de no existir). Otros héroes románticos —Vathek es el primero de la serie, Edmond Teste no es el último— prolijamente acentúan sus diferencias; Whitman, con impetuosa humildad, quiere parecerse a todos los hombres. *Leaves of grass,* advierte, "es el canto de un gran individuo colectivo, popular, varón o mujer" *(Complete writings,* V, 192). O, inmortalmente *(Song of myself,* 17):

> *Estos son en verdad los pensamientos, de todos los*
> *hombres en todos los lugares y épocas; no son originales míos.*
> *Si son menos tuyos que míos, son nada o casi nada.*
> *Si no son el enigma y la solución del enigma, son nada.*
> *Si no están cerca y lejos, son nada.*
>
> *Este es el pasto que crece donde hay tierra y hay agua,*
> *Este es el aire común que baña el planeta.*

El panteísmo ha divulgado un tipo de frases en las que se declara que Dios es diversas cosas contradictorias o (mejor aún) misceláneas. Su prototipo es éste: "El rito soy, la ofrenda soy, la oblación a los Padres soy, la hierba soy, la plegaria soy, la libación de manteca soy, el fuego soy". *(Bhagavad-gita,* IX, 16). Anterior, pero ambiguo, es el fragmento 67 de Heráclito: "Dios es día y noche, invierno y verano, guerra y paz, hartura y hambre". Plotino describe

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a sus alumnos un cielo inconcebible, en el que "todo está en todas partes, cualquier cosa es todas las cosas, el sol es todas las estrellas, y cada estrella es todas las estrellas y el sol" (*Enneadas*, V, 8, 4). Attar, persa del siglo XII, canta la dura peregrinación de los pájaros en busca de su rey, el Simurg; muchos perecen en los mares, pero los sobrevivientes descubren que ellos son el Simurg y que el Simurg es cada uno de ellos y todos. Las posibilidades retóricas de esa extensión del principio de identidad parecen infinitas. Emerson, lector de los hindúes y de Attar, deja el poema *Brahma*; de los dieciséis versos que lo componen, quizá el más memorable es éste: *When me they fly, I am the wings (Si huyen de mí yo soy sus alas).* Análogo pero de voz más elemental es *Ich bin der Eine und bin Beide* de Stefan George *(Der Stern des Bundes).* Walt Whitman renovó ese procedimiento. No lo ejerció, como otros, para definir la divinidad o para jugar con las "simpatías y diferencias" de las palabras; quiso identificarse, en una suerte de ternura feroz, con todos los hombres. Dijo *(Crossing Brooklyn Ferry,* 7):

He sido terco, vanidoso, ávido, superficial, astuto, cobarde, maligno;
El lobo, la serpiente y el cerdo no faltaban en mí . . .

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

También *(Song of myself,* 33) :

Yo soy el hombre. Yo sufrí. Ahí estaba.
El desdén y la tranquilidad de los mártires;
La madre, sentenciada por bruja, quemada ante los hijos, con leña [seca;
El esclavo acosado que vacila, se apoya contra el cerco, jadeante, cubierto de sudor;
Las puntadas que le atraviesan las piernas y el pescuezo, las crueles [municiones y las balas;
Todo eso lo siento, lo soy.

Todo eso lo sintió y lo fué Whitman, pero fundamentalte fué —no en la mera historia; en el mito— lo que denotan estos dos versos *(Song of myself,* 24) :

Walt Whitman, un cosmos, hijo de Manhattan,
Turbulento, carnal, sensual, comiendo, bebiendo, engendrando.

También fué el que sería en el porvenir, en nuestra venidera nostalgia, creada por estas profecías que la anunciaron *(Full of life, now)*:

Lleno de vida, hoy, compacto, visible,
Yo, de cuarenta años de edad el año ochenta y tres de los Estados,
A ti, dentro de un siglo o de muchos siglos,
A ti, que no has nacido, te busco.
Estás leyéndome. Ahora el invisible soy yo,
Ahora eres tú, compacto, visible, el que intuye los versos y el que me [busca,
Pensando lo feliz que serías si yo pudiera ser tu compañero.
Sé feliz como si yo estuviera contigo. (No tengas demasiada seguridad [de que no estoy contigo).

O *(Songs of parting,* 4,5):

¡Camarada! Este no es un libro;
El que me toca, toca a un hombre.
(¿Es de noche? ¿Estamos solos aquí?)...
Te quiero, me despojo de esta envoltura.
Soy como algo incorpóreo, triunfante, muerto [2].

Walt Whitman, hombre, fué director del *Brooklyn Eagle,* y leyó sus ideas fundamentales en las páginas de Emerson, de Hegel y de Volney; Walt Whitman, personaje poético, las edujo del contacto de América, ilustrado por experiencias imaginarias en las alcobas de New Orleans y en los campos de batalla de Georgia. Ese procedimiento, bien visto, no importa falsedad. Un hecho falso puede ser esencialmente cierto. Es fama que Enrique I de Inglaterra no volvió a sonreír después de la muerte de su hijo; el hecho, quizá falso,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

puede ser verdadero como símbolo del abatimiento del rey. Se dijo, en 1914, que los alemanes habían torturado y mutilado a unos rehenes belgas; la especie, a no dudarlo, era falsa, pero compendiaba útilmente los infinitos y confusos horrores de la invasión. Aún más perdonable es el caso de quienes atribuyen una doctrina a experiencias vitales y no a tal biblioteca o a tal epítome. Nietzsche, en 1874, se burló de la tesis pitagórica de que la historia se repite cíclicamente *(Vom Nutzen und Nachteil der Historie,* 2); en 1881, en un sendero de los bosques de Silvaplana, concibió de pronto esa tesis *(Ecce homo,* 9). Lo tosco, lo bajamente policial, es hablar de plagio; Nietzsche, interrogado, replicaría que lo importante es la transformación que una idea puede obrar en nosotros, no el mero hecho de razonarla [3]. Una cosa es la abstracta proposición de la unidad divina; otra, la ráfaga que arrancó del desierto a unos pastores árabes y los impulsó a una batalla que no ha cesado y cuyos límites fueron la Aquitania y el Ganges. Whitman se propuso exhibir un demócrata ideal, no formular una teoría.

Desde que Horacio, con imagen platónica o pitagórica, predijo su celeste metamorfosis, es clásico en las letras el tema de la inmortalidad del poeta. Quienes lo frecuentaron, lo hicieron en función de la vanagloria *(Not marble, not the gilded monuments),* cuando no del soborno y de la venganza; Whitman deriva de su manejo una relación personal con cada futuro lector. Se confunde con él y dialoga con el otro, con Whitman *(Salut au monde, 3)*:

¿Qué oyes, Walt Whitman?

Así se desdobló en el Whitman eterno, en ese amigo que es un viejo poeta americano de mil ochocientos y tantos y también su leyenda y también cada uno de nosotros y también la felicidad. Vasta y casi inhumana fué la tarea, pero no fué menor la victoria.

[1] Reconocen muy bien esa diferencia Henry Seidel Canby *(Walt Whitman, 1943)* y Mark van Doren en la antología de la Viking Press (1945). Nadie más, que yo sepa.

[2] Es intrincado el mecanismo de estos apóstrofes. Nos emociona que al poeta le emocionara prever nuestra emoción. Cf. estas líneas de Flecker, dirigidas al poeta que lo leerá, después de mil años:

O friend unseen, unborn, unknown,
Student of our sweet English tongue,
Read out my words at night, alone:
I was a poet, I was young.

[3] Tanto difieren la razón y la convicción que las más graves objeciones a cualquier doctrina filosófica suelen preexistir en la obra que la proclama. Platón, en el *Parménides,* anticipa el argumento del tercer hombre que le opondrá Aristóteles; Berkeley (*Dialogues,* 3), las refutaciones de Hume.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A UNA PROSTITUTA

Recuerdo en la penumbra, oh mercenaria,
las dóciles diademas de amatistas
que en la alcoba de Venus tributaria
ceñían tus efímeras conquistas.

Hondamente requiero, íntimamente,
tu piel inscripta por antiguos besos,
en esa lasitud indiferente
que ornaba tus eróticos procesos.

Avenidas del tiempo inextricables,
fiestas, separaciones, despedidas,
¿qué resta de las horas memorables,
de esos hondos carbunclos de las vidas?

Es otro, no soy yo, quien hoy te abraza
y prodigiosamente se deslumbra
en las profundidades de tu casa
y en esta misma fúlgida penumbra.

¡Ah, cómo parecían fraudulentos
ante los rayos de tu erudición
los agrestes y humildes sentimientos
que se cultivan en un corazón!

Mi pública doncella, mi adorada,
mi ausente, mi jardín adolescente,
¡dónde suscitarás con la mirada
las rosas del ardor concupiscente!

Como la luz eléctrica en las ondas
celestes de los lagos olvidados

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te alejaste en la sombra de las frondas
de la noche en los arces constelados.

¡Ah, en vano y cuántas veces un amante
creyó verte en un sueño, sitibundo,
desnuda ante el recinto rutilante
de un prostíbulo en llamas sobre el mundo!

J. R. WILCOCK

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NO HAY ARTE MARXISTA

En un reciente artículo de Aragon, éste reprocha a uno de sus camaradas comunistas haber escrito que no hay una estética del partido comunista. No tenemos por qué mezclarnos en este debate, aunque la posición de Aragon nos parezca más coherente que la de Garaudy. Si el comunismo es una totalidad, no se ve, en efecto, cómo podría excluir la estética.

Pero ese problema sólo interesa a los comunistas. La independencia del arte nos concierne a todos. Creo que debe tratarse con algunos matices si se quiere ver claro. Ninguna actividad humana es totalmente independiente de las demás. Si Holanda no se hubiera enriquecido con el comercio, en el siglo XVII, la pintura holandesa de aquella época no hubiera sido la que fué, y ello es tan cierto, que a la decadencia del comercio holandés siguió de inmediato la de la pintura. Podrían multiplicarse tales ejemplos y elegirse en muy distintas zonas. ¿Inferimos, pues, que el arte no goza de ninguna independencia y que sólo puede ser un reflejo?

Eso sería disminuir singularmente su papel y su alcance. El arte, como toda manifestación de la actividad humana, es, en último análisis, la expresión de nuestra condición de hombres. La estética y la ética tienen distintos fundamentos y es muy cierto que, en un mundo armonioso, ellas acabarán por unirse. El Bien y la Belleza son infinitamente canjeables.

Pero nuestro universo es contradictorio, lo que nada tiene de asombroso para un cristiano, que sabe que no sólo la naturaleza humana, sino la naturaleza entera ha sido herida y deformada por la Caída. Por eso no debe sorprendernos que algunas investigaciones estéticas parezcan condenadas por la moral, lo mismo que ciertas actitudes morales se opongan a reglas de estética.

La cuestión de saber si el arte debe ser subordinado a la moral o viceversa, es pues una cuestión superficial. El arte tiene sus reglas; la moral las suyas, y no tienen entre ellas sino relaciones tan generales

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que no pueden derivarse unas de otras. Claro que el mal estado de la sociedad, o la estética reinante no dejarán de tener su influencia sobre el arte. Y aun si éste se rebela contra aquélla, ésta lo determina. Pero la función del arte no es en ningún caso la de sostener un estado social o corroborar una ética. Tampoco la de destruirlos. Los valores estéticos son soberanos dentro de su esfera.

Pretender ajustar el arte a las reglas de un partido o de una metafísica es trabarlo e impedir que alcance su propio fin. Una obra hermosa vale en primer término y por encima de todo porque es hermosa. La utilidad que se le quiere dar en otros dominios es secundaria. Cada vez que un artista trabaja en su creación, lucha con problemas que son los de la creación misma. Esos problemas no son más que los de las relaciones entre el hombre, Dios y el universo. Toda intervención extraña amenaza cegar la fuente. No sé si el arte realista es, como pretende Aragon, el que conviene a un marxista y me parece que antes habría que ponerse de acuerdo sobre lo que es realismo en el arte. Todo arte que merece ese nombre es una cosa distinta de la reproducción exacta y fiel de una realidad cualquiera. Hasta el arte fotográfico, en la medida que se considera como arte, comporta una selección. ¿Debe esta selección estar determinada por consideraciones puramente estéticas o por otros motivos? En el segundo caso, el arte ya no es libre, ya no es el arte en sí.

Avergüenza tener que recordar verdades tan palmarias, pero son particularmente necesarias en nuestra época, cuando se pretende utilizarlo todo, movilizarlo todo y hasta *politizarlo* todo. Si queremos salvar al hombre de uno de los peores peligros que le amenazan, debemos mantener a cualquier precio la independencia de sus actividades. Por eso, sostenemos en contra de Aragon, y aun en contra de algunos que distan mucho de ser comunistas, el derecho del arte a la libertad.

Esta libertad puede encerrar sus peligros. Toda libertad es peligrosa. Pero el peligro es uno de los aspectos más fecundos de la condición humana. Se trata de ver si la humanidad se verá reducida mañana a simple hormiguero. No habrá distinciones reales entre las diversas actividades. Quedarán todas subordinadas al fin colectivo. No se tolerará esa parte de imprevisible invención, sin la cual el arte no puede vivir. El lazo entre arte y libertad es tan vital, tan esencial, que sólo una doctrina que postule la libertad del hombre, y por ende, la libertad del arte, puede asegurar a éste las condiciones de la vida misma. Esto no implica, claro está, que no haya artistas comunistas. Los hay, y de los mejores. Pero su vida de artistas es

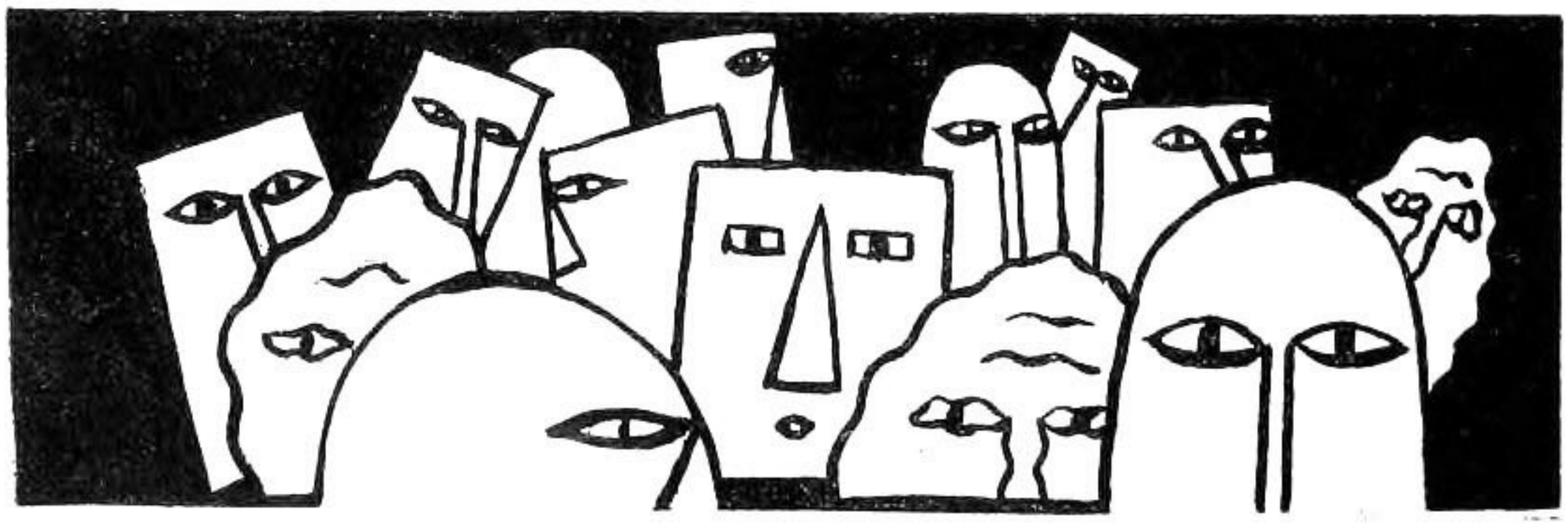
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

completamente independiente, piensen lo que piensen de sus convicciones comunistas.

¿Se dirá que, con todo, hay artistas cristianos? Yo no lo creo, pues el cristianismo, admitiendo que el hombre es un ser herido, libera al mismo tiempo sus actividades diversas, que, en conjunto, deben cooperar cada una en su esfera, a una restauración integral, pero que no se basa sobre el plan de la historia.

Se ve claramente que todas las libertades son solidarias; que es imposible coartar una, sin que las demás no peligren. El artículo del señor Aragon ha tenido, a lo menos, el mérito de mostrarnos que el arte no escapa a esta amenaza universal. Se habla mucho del arte comprometido. Si con eso quiere decirse que el artista no puede evitar vivir en su época y aún reflejarla o enrolarse, nada hay que objetar. Pero si eso significa que debe subordinar su arte a las necesidades de un partido o de una visión monolítica del mundo, eso es la muerte del arte. Y ciertas manifestaciones recientes nos hacen temer que hayamos ido mucho más allá de la simple amenaza. La libertad y el arte están tan estrechamente ligados, que la muerte de una acarrearía la del otro. Conviene que reflexionen en ello los artistas y los políticos.

JACQUES MADAULE



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FELIZ AÑO NUEVO

Helena tenía los ojos bien abiertos. Serían apenas las once, pero ya hacía más de una hora que estaban en cama. Le gustaba retirarse temprano la noche de Año Nuevo. No acostumbraban festejarla y entonces era mejor ignorarlo. Si le prestara una mínima atención no podría evitar un escozor. Es casi cuestión de orgullo o vanidad, pensaba con una sonrisa. Y ahora no podía dormirse. Esta noche era muy distinta. Carolina, su hija de diecisiete años, iba por primera vez a un verdadero baile de Año Nuevo. El arreglo del traje y de todos los accesorios, la compra de orquídeas blancas para el cabello, y por último el vestirla, las había tenido a las dos agitadísimas; y al partir la niña —bella, sonrosada y ansiosa— Helena se sintió tan cansada que creyó dormiría en el acto. Pero aquí estaba desvelada, algo nerviosa, y cosa rara, no se sentía feliz del todo, mientras a su lado, Jorge respiraba profunda y rítmicamente, tal vez hasta la mañana en que sonreiría a las caras trasnochadas.

El aire del cuarto le parecía sofocante, y Jorge ocupaba tres cuartos de la cama. Se levantó a fumar un cigarrillo. No solía fumar de noche, pero esta noche era distinta.

Se puso una *negligée* de *chiffon* gris —la única elegante que poseía y que reservaba para sus viajes— luego pasó a su cuartito de vestir. Puso cigarrillos y un cenicero sobre el tocado cubierto de plegados caseros de taffeta, sacó un cepillo de plata y empezó a pasarlo sobre el pelo gris. Desde niña sabía que el cepillarlo da brillo al cabello, y desde entonces se había propuesto usarlo regularmente pero, por algún motivo, nunca tenía tiempo. Mientras se cepillaba y levantaba el cabello en un rodete alto, se miraba en el espejo.

Tengo casi cuarenta años, pensaba, y soy una mujer hermosa. Mi cutis bajo el cabello de un gris metálico es deliciosamente blanco y suave; mis ojos color de violeta están llenos de su expresión peculiar; mi nariz es recta y distinguida; la boca fresca deja ver hermosos dientes blancos. Mi cuello largo y blanco, sin una arruga lleva con orgullo mi cabeza, sobre hombros juvenilmente redondos. Ni el más leve asomo de amarillez afea mis manos.

Dejó de lado el cepillo, enderezándose. El espejo reflejaba su figura alta, casi majestuosa, junto a una espiral de humo gris azulado que subía retorciéndose.

Sonrió a su imagen: Sí, el porte real, dice la gente. Y hubo un tiempo en que estuvo unido a una juventud radiante y vivaz. Y era aún mejor. Volvió a escudriñar su rostro.

Entonces mi piel parecía más blanca al contrastar con el negro del cabello. Y tal vez lo era. Y no existían las arruguitas alrededor de los ojos, ni la in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sinuación de líneas que bajan de la nariz a la boca. Esta parecía más suave —y lo era en verdad—: y el cuello era un poquito menos rígido. Pero mis ojos son los mismos. Se dice que los ojos son lo último que envejece. Pero no; son distintos; no son tan claros como eran. Parece que los cubriera un velo tenue color marfil . . . Tonta ¿qué haces aquí —se dijo a sí misma— en medio de la noche? ¿Por qué estás levantada, sin hacer nada, mirándote en el espejo? Si, quizá estoy esperando a Carolina. No debo estar dormida cuando vuelva. Quiero saber lo que pasó, si se ha divertido, quienes estaban, con quien bailó . . .

Miró el relojito de porcelana sobre la chimenea. Eran las once y media. Nerviosa de nuevo, encendió otro cigarrillo.

Todas las inquietudes, dominadas repetidas veces, en el ajetreo de los preparativos, se impusieron a su mente, ya cumplidas las obligaciones de la víspera y aún no iniciadas las próximas. Era tanto más sencillo pensar en esta hora extraña que no parecía un eslabón del tiempo.

Volveré a recapacitar, pensaba, trataré de enderezar las cosas en mi mente, aunque sea tarde para corregirlas. Empezaré por el principio, revisando mis ideas y mi línea de conducta.

Como manejaba todos los asuntos de familia, estaba habituada a reflexionar con sobriedad y lógica.

¿Cuándo empezó? Ya; fué en mi infancia elegante y mimada hasta mis dieciséis años. Estaba tan habituada a todo lo bueno, cosas finas, vestidos de lo mejor, profesores excelentes, una casa eximia, lujosos viajes.

Vino entonces la bancarrota y hasta hubo un pequeño escándalo. No mucho —y yo sé que no fué culpa de papá—, pero, en esa circunstancia, no parecía correcta una espléndida presentación en sociedad, aunque hubiéramos tenido los medios. Así perdí uno de los grandes acontecimientos en la vida de una muchacha. Pero tenía dieciséis años, era linda y formaba parte del llamado "gran mundo". No me preocupé. Tenía toda mi juventud por delante, y podía pasar algunos o bastantes años sin frecuentarlo y ser aún muy, muy joven.

Los años que siguieron sólo los veo como un caos de ventas y cálculos y restricciones, y arreglos de viejos trajes para ver jóvenes, tal vez alguno querría casarse y así podría yo empezar una vida normal. No perseguía "buenos partidos"; mi ambición era simplemente un hogar tranquilo donde pudieran pagarse todas las cuentas, salir modestamente de compras, pasar alguna noche en un club, y de vez en cuando dar en casa una pequeña recepción. Pero los años iban pasando y las diversiones carecían de brillo, por estar en general ligadas a un propósito. Aún cuando me divertía, esto quedaba subordinado a la estrategia y tácticas de probar a un candidato. Y los jóvenes deben de haberlo sentido así; pues no tuve el éxito que merecía. Amigos benévolos solían decirme que era demasiado perfecta —joven, bella, distinguida, inteligente— que los hombres se asustaban, que preferían la amable mediocridad. Pero eso no era todo, estoy segura.

Cumplí los veinte años antes de comprometerme, y me felicité de haber esperado tanto, pues quería a Jorge. No era brillante, ni rico, ni muy buen mozo. Pero tenía una mente sólida, una buena renta, y un aspecto sumamente agradable. Era bondadoso, tolerante, cariñoso, y, como se interesaba en muchas cosas, un compañero excelente. Para decir la verdad, todo me gustaba en él.

Si, entonces tenía veinte años. Bien joven todavía. Pero había visto cuán

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rápidamente pasaron los cuatro últimos años. Mis verdaderos años de adolescencia habían huído en un soplo, vacíos en la espectativa de la vida que debía de empezar. Ahora la vida iba a empezar; pero una vida de mujer casada, que había perdido irrevocablemente la tonta y deliciosa edad en que las chicas ríen, bailan y charlan, reciben su dinero de bolsillo y lo gastan en helados, van al cine acompañadas por jóvenes olvidados la próxima primavera. Sabía que esa época era irrecuperable; pero quería por lo menos gozar de la vida de mujer casada joven.

Por ese entonces, Papá se suicidó. Mi casamiento fué íntimo. Y como siempre hago la víspera de Año Nuevo, resolví desentenderme de ese acontecimiento mutilado. Preferí suprimir la ceremonia religiosa a tenerla vestida de luto y sin recepción alguna. Me parecía que sería menos doloroso volver la espalda que mirar de frente mi propia vida. El suicidio de Papá fué consecuencia del fracaso en la reorganización de sus negocios. Se trató de echar tierra al asunto, de modo que muy pocas personas supieron de mi casamiento.

Quería mucho a mi padre; y mi pena se dobló con la que me inspiraba mi madre, que parecía haber vivido por y para él. No podía dejarla sola en esos momentos y renuncié a mi viaje de boda. Habíamos proyectado ir a Venecia, que yo conocí pero que deseaba gustar, por fin, con el compañero elegido; pues Venecia es el hogar de los enamorados, los demás son forasteros. Como en la víspera de Año Nuevo, me refugio en la oscuridad y el sueño, hago pedazos las guías de viaje, y hasta evito la palabra Venecia, como evitaría un puñal.

Así se esfumó el sueño de mi presentación en sociedad, del traje de novia, de la marcha nupcial de Mendelssohn, del *champagne,* de la alta torta de boda y de la romántica luna de miel. Pero aún era muy joven. Había tantas cosas que podían ser una compensación, y darme aún mi parte de vida. Fué una lástima pero el conformarse era menos arduo con la perspectiva de otro gran acontecimiento: el hijo, la hija, si fuera posible que pudiera tener un día todo lo que yo soñé. Esperé la maternidad, el embarazo y el parto como se espera una fiesta, llena de fervor al pensar que si mis esperanzas se trocaron en decepciones, ésta valía por todas.

Mientras tanto, nuestra vida matrimonial, se desarrollaba tranquila y normal, como lo había esperado. Corría el año 1929 cuando las cosas empezaron a vacilar, casi a derrumbarse a veces. Y al llegar 1930, en nuestro hogar y entre la gente de nuestra clase, el dinero comenzó a escasear.

Pocos meses faltaban para el nacimiento de mi hijo. Suprimí todas las diversiones, todas mis compras personales para poder adquirir un lindo ajuar para el niño. Pero la palabra dinero, dinero, dinero, me había martillado tanto el cerebro, que me reprimía en cada compra. Después de todo al bebé no le importa que sus baberos sean bordados a mano o a máquina, o que un mosquitero sea de tul y no de encaje. Parecía más sensato que tuviera los mejores pañales y el mejor especialista de niños. Más adelante, cuando tuviera uno o dos y jugara con otros niños y se pudiera lucir, tendría lindos trajecitos de la mejor tienda de la ciudad . . .

Sí, pero al cumplirse mi ardiente deseo de tener una hija, la muerte de Mamá vino a oscurecerlo, pues quienes la querían —con un poco de lástima por los errores de Papá —reservaron su atención y sus emociones a la gran pérdida que sufríamos; y el nacimiento de mi Carolina pasó casi desapercibido. Durante meses consecutivos sentí una triste satisfacción por no haber comprado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el caro vestidito adornado de encaje, pues los visitantes evitaron con mucho tino nuestra casa de duelo, a fin de darme tiempo de restablecerme del parto y de la aflicción por la muerte de Mamá.

Pero después de reponerme y de resignarme a lo inevitable, mi nena se convirtió en una fuente de delirante alegría, llenando cada minuto, teniéndome constantemente ocupada, feliz y llena siempre de infinitos y alegres proyectos.

Sí, a eso llegaría. Tenía tantos planes. Día a día, año tras año, Carolina dejó de ser un bebé. Mi sueño del más lindo cuartito con los más lindos muebles, de los vestidos más bonitos, de una gran estabilidad, no se realizaron. Pero había logrado bastante, tal vez lo más importante que me había propuesto para ella. Aunque sólo le podía comprar un traje caro de los clásicamente sencillos por vez, y aunque sus muebles eran pocos y comprados en fábrica a un precio reducido, tenía muchas otras cosas en mayor abundancia que los hijos de personas pudientes. Estaba bajo el cuidado constante de un gran médico; y en cualquier duda, por insignificante que fuera, consultábamos a un especialista. Dejé casi todas mis atenciones personales para tenerla en el parque casi todo el día. Suprimimos los viajes breves a los balnearios de moda para poderla llevar por un mes a una buena pensión en algún lugar de la sierra o junto al mar, frecuentadas por familias de la clase media con montones de chicos barullentos. Carolina tenía clases de gimnasia, de baile y una Mademoiselle por las tardes y más adelante una maestra alemana. Si sus primeras muñecas fueron de trapo y sus juguetes igualmente baratos, al cobrar importancia esos detalles, se compraron costosos juguetes constructivos que la tenían ocupada, acostumbrándola a entretenerse sola, desarrollando su mente y su imaginación.

Carolina creció haciéndose la niña más prolija, más cortés, más robusta, y también la niña más bonita e inteligente que pudiera imaginarse. Tal vez la mirara con ojos de madre —pero la comparaba objetivamente, observaba la reacción de las personas—. ¡Mi hija era casi perfecta!

Cuando empezó a maltratar el piano pensé en ponerle una maestra, aunque sólo tenía cinco años; yo tenía veintisiete. Sabía que estaba más linda que nunca. Las preocupaciones, la falta de distracciones, el trabajo relativamente pesado de esa crianza tan meticulosa, parecían haberse escurrido de mí como el aceite del agua. Tenía un aspecto radiante, distinguido y atrayente. No obstante, cuán gris era mi mente, llena de problemas caseros, cuántos arreglos y hasta remiendos tenían mis vestidos, cuán torpe se había vuelto mi conversación en sociedad, tan torpe como un idioma extranjero que no se practica. Y lo más serio era que la expectativa que hasta entonces me había conservado vibrante, había ido declinando poco a poco. *Todavía* era muy joven pero más de diez años habían volado, no dejando mucho más que el pensamiento —mezcla de dicha y amargura— ante un espejo. Soy joven y bella, la vida va a empezar. Las cosas deben cambiar. No estoy hecha para esta clase de vida, debe ser algo pasajero. Pero han sido diez años largos, y parece que sólo ayer tuve dieciséis años, cuando los veinte se ven tan lejanos. Y éstos llegaron —¡tan terriblemente joven!—, ¡y para los veinticinco faltaba tanto! Y ahora los treinta se van acercando. ¡Todavía qué joven! —en mi tercera década—. Pero los años seguirían pasando, ¡cinco, diez! . . . Y ¿quién me aseguraría que con ello vendría el gran cambio? Y si así fuera, ¿podría eso llegar a compensar mis años

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vacíos? Tengo la sensación de haber querido alcanzar algo, sin asir más que aire.

Con todo no me sentía desgraciada. En mis peores momentos me repetía que no podía reprochar a la vida el haber frustrado todos mis anhelos. Había deseado una hija, sana, hermosa, inteligente. Y la tenía. Y hasta mi propia vida no me parecía malograda, pues Carolina era una parte de mi ser; su *debut* iba a ser el mío; su boda, mi propia boda; su luna de miel, mi sueño de Venecia; y su hijo, mi hijo dos veces. Sí, iría recuperando todo lo perdido. No era mero consuelo; y sentía todo lo que estoy pensando ahora. Hice vastos planes y los iba realizando paso a paso lo mejor posible. Mandé a mi hija al mejor colegio, sus fiestas infantiles –que no desmerecían en nada a las ofrecidas por sus amigas ricas– le daban la misma seguridad social, hasta que hiciera su entrada en sociedad con un gran baile en un hotel elegante, ya que nuestro departamento no se prestaba para tanto.

¡Qué linda estaba en su vestido de gasa color de cielo sobre un viso de *taffeta* rosa! ¡Qué frescura en sus ojos azules, en su pelo de un castaño rojizo, en su piel mate con tan poco arreglo! ¡Con qué aire orgulloso llevaba su cabeza sobre el largo cuello blanco! Era mi otro yo en colores suaves. ¡Era yo! ¡Me había impuesto a la vida! Era feliz y desde entonces se desvanecieron para siempre la nostalgia, el pesar, el penoso deseo de perfección. Ya no estaba en pugna con la vida.

Quedaba, es cierto, el reverso de la medalla. Las infinitas pequeñas economías indispensables para saldar las cuentas de la tenaz casa de modas, las molestias, los sacrificios que exigía la gran fiesta. Por mí, nada me importaba; pero no podían pasar desapercibidos para Carolina. Así que sólo había conseguido la fachada sin el cimiento ni la estructura interior del brillante edificio. Pues mi objeto no había sido darle lujo ni actuación social; mi objeto había sido darle la sensación de una sólida holgura, para que sus días tuvieran la claridad del cristal y la levedad de la pluma. Pero eso no estuvo logrado. Tal vez, por el contrario, al saber de cosas mejores –que sólo alcanzaba estirándose– hacía que sus deseos rebasaran su esfera, en la cual, de otro modo, podía haberse sentido plenamente feliz.

Y ahora llegó la prueba de fuego: Su primera invitación a un gran baile en la gran casa de una niña mimada.

Enriqueta Gibson es, en realidad, una niña insípida con cara de laucha. Su solidez social no sobrepasa a la de Carolina, y su porte no puede compararse con el de mi hija. Pero cada vez que Carolina vuelve de visitarla no hace más que hablar del hermoso mueblaje, de la gran biblioteca, de los cuadros antiguos.... No es el lujo lo que la atrae, sino el ambiente que prestan los objetos hermosos.

Carolina, como yo, siempre ha tenido pasta de coleccionista; y los libros de una biblioteca circulante no le satisfacen; y luego los bien cortados trajes de diario que quedan como un guante, y no sólo los trajes de las grandes ocasiones, que apenas se llega a casa deben cambiarse por un holgado par de bombachas. Y sobre todo, los fáciles proyectos de vacaciones, que no resultan un sacrificio, y las compras pagadas al contado. Carolina nunca se ha manifestado envidiosa o amarga; pero conozco sus sentimientos. Recuerdo lo que yo he sentido –y lo que sigo sintiendo– al notar con placer que con mi ropa tan sencilla y usada, estoy tan elegante como las otras mujeres con sus fla-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mantes modelos. Pero también sé que no siempre puedo evitar la amargura de no poder realzar mi natural belleza.

Y esta noche Carolina está en el sarao, tan bien educada, tan instruída, a igual nivel que las demás, más linda que muchas, pero con la desventaja de que siendo Ella tan perfecta, su vida no lo es. No es posible no arrastrar consigo su pensamiento íntimo, su propia perspectiva. ¡Oh! No he debido mandarla a un colegio tan aristocrático, ni he debido permitirle frecuentar medios tan selectos! Su elegante traje tiene por compañeros de armario muchos bastante usados; y sus magníficos modales no sólo saben adaptarse a los acontecimientos mundanos sino también a las deficiencias de la vida.

De pronto, Helena percibió el olor a humo de las colillas apagadas. Miró el reloj. Eran las doce y cuarto. Ya había llegado el Nuevo Año, su hijita había bebido su champagne de medianoche y ni siquiera en sueños había brindado con ella. Carolina tardaría en volver, esta noche tenía permiso para quedarse todo lo que quisiera.

Helena estaba completamente desvelada y decidida a esperarla. Si volvía contenta necesitaría charlar con alguien, y si no lo estaba también, para desahogarse. La inquietud de Helena iba en aumento, y casi deseaba que volviera pronto aunque esto significaría que no se había divertido. No, había que esperar con paciencia, cuanto más mejor. Sin saber por qué, volvió al dormitorio; quizá por hacer algo, por acortar el tiempo. Jorge estaba de espaldas, roncando un poco. Dormido, ya no tenía aquel aspecto infantil de antes. También iba envejeciendo, pero bellamente. Los años iban alterando sus rasgos, destacando en cambio su expresión bondadosa. Le gustaba como antes mirarlo en su sueño; ¡si no roncara! Suavemente lo puso de lado, con todo cuidado, como se hace con un niño dormido. Ahora su respiración era tranquila.

"Soy una mujer afortunada, dijo para sí sinceramente, tengo un marido excelente, una hija perfecta, y la vida ha sido decente conmigo. Después de todo, con muy pocos es generosa, pero también con pocos es avara realmente. Todos tienen su parte de suerte; la cuestión es saber manejarla."

Volvió a su cuarto de vestir, abriendo la puerta que daba al vestíbulo para no dejar de oír la vuelta de Carolina. "Sí, pensó, soy feliz. ¿Pero será ella tan modesta como yo? Nunca ha visto, como yo, el lado malo de la vida, que permite apreciar la mediocridad..."

De repente sintió la llave de la puerta de entrada. ¿Sería posible? Era sólo la una menos cuarto. Se apretó su corazón. Lo temido había ocurrido. Carolina dejó el baile temprano. Sintió un hondo dolor, más hondo que los que había sentido por sus propios desengaños. Estaba a punto de llorar. No, se echó para adelante para mirarse en el espejo, y apretó los labios. "Debo controlarme. Si me he dejado llevar todos estos años para acarrear esto, debo, ahora por lo menos, tratar de atenuar el daño."

Pasos ligeros iban acercándose desde el vestíbulo. Luego la puerta se abrió de par en par. Carolina estaba en el umbral tan fresca e impecable como cuando se fué. "Es la clase de persona —pensó Helena—, que puede llevar encima, por horas, un traje de gasa sin hacerle una arruga. Pero no tiene una cara alegre ni excitada, más bien empalidecida y como surcada de líneas bajo la piel tersa."

—¡Hola, mamá! ¿Por qué no te acostaste todavía?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"¡Dios mío, tiene la voz oprimida!"

—Quise esperarte —dijo Helena sonriendo— para escuchar la crónica.

—¡Al demonio con la crónica!

"Nunca habla así —pensó Helena—, sólo cuando está nerviosa. Y no es de las que se ponen en ese estado al contemplar la riqueza ajena."

Pero sostuvo la sonrisa:

—Ven, siéntate. ¿No era lindo?

Carolina siguió de pie.

—Sí, bastante lindo. Pero no es la clase de gente que me gusta.

"Pero antes le gustaban —pensó Helena—. ¿Qué habrá pasado? Si me lo contara en vez de quedarse ahí parada, con sus modales mundanos, y tratando de aceptar las cosas con gracia. ¿He torcido su carácter hasta ese punto?"

—Claro, que no son excepcionales —dijo riendo con una risa metálica que sonó aguda y alta en la quietud nocturna—. Pero son bien para bailar de vez en cuando, si no te ligas a ellos demasiado. Claro que llevan una vida algo frívola.

—¡Oh! No hay mucho que decir de sus vidas, más bien de ellos mismos.

Helena creyó percibir una nota amarga en la voz de la niña.

—Pero tú estás preciosa; apuesto a que has tenido un gran éxito. "No debo decirle que se quite el traje, y si mi esmalte de uñas o cualquier otra cosa se le cae, arruinándolo, no puedo hacer hincapié en que debe cuidarlo para alguna otra ocasión."

—Mamá, francamente, el éxito en ese grupo no me interesa gran cosa. —Lo dijo muy tranquila, muy convencida.

"Sí, ese es el resultado de mi educación, permanecer sonriente y serena en todo momento", pensó Helena hasta que oyó:

—Es mejor que me saque el vestido; temo que algo le suceda...

Helena pensaba, mirando alejarse a Carolina: "Es el cuadro perfecto de mi educación; perfecto control de sí, y al mismo tiempo un constante conocimiento de la verdadera situación. Le he dado la perfección, pero posiblemente, también la desdicha".

Cuando Carolina volvió, Helena no pudo resistir:

—Dime, querida, algo ha pasado para que volvieras tan temprano y tan poco animada. Cuéntame, por favor.

Carolina se sentó sonriendo para tranquilizarla:

—No estoy deprimida, mamá, más bien un poco asqueada. Y hasta eso es mucho decir. La reunión fué magnífica; ya sabes, todo el lujo y gran estilo previstos. Las muchachas muy bien vestidas aunque no con tan buen gusto como yo.

"Gracias a Dios, su risa, ¡su bendito humor!"

—El buffet espléndido con langosta y qué sé yo; y el champagne corriendo desde mucho antes de media noche. La madre de Enriqueta llevaba un maravilloso traje con lentejuelas y enormes alhajas; y el padre, que veía por primera vez, pues nunca está en casa, es un buen mozo, alto, de pelo gris, pero algo pegajoso ¿me entiendes?

"No entiendo —pensó Helena—, pero los jóvenes tienen una filosofía propia." Carolina pareció notar la duda en la cara de su madre:

—Bueno, quiero decir demasiado consciente de su belleza madura y un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fatuo fanfarrón. Trató de flirtear hasta conmigo. Las cosas marchaban viento en popa con dos magníficas orquestas y todo un ejército de mozos —no alquilados sino estables— que servían más bebidas que las que yo deseaba y de las que convenían a los muchachos, y todo era fantástico. Pero con todo, no era el estilo que me agrada. Pensaba cuánto mejor y con cuánta más distinción podríamos nosotros organizar una fiesta si tuviéramos las moneditas indispensables.

"Esa es —pensó Helena estremeciéndose—, la copia de mis propios pensamientos. ¡Cuánto mejor haría yo las cosas, si pudiera!"

—Pero en conjunto fué muy divertido. Aunque la gente como nosotros pueda burlarse de tales diversiones, no puede darse el lujo de no divertirse ya que se nos brinda tan raras veces.

—Tienes razón... en suma es divertido. Y desde ahora, tendrás estos placeres tan a menudo que llegarás a cansarte.

Carolina la miró en los ojos, con mucha seriedad.

—No, no me agradan estos placeres. Eso está podrido.

—¿Pero, Carolina, qué ha sucedido? ¿Qué te han hecho? —La voz de Helena era temerosa. Nunca se había sentido tan infeliz.

—Pero si estuvieron amabilísimos, hasta deben haber tenido idea de disculparse.

—¿Disculparse, de qué? —La voz de Helena era tan aguda que parecía un grito.

—Déjame que me explique —sonrió la chica—. Pareces tan molesta. ¿Qué te pasa?

—Pero, hijita, estás tan misteriosa y veo que también desilusionada... Había esperado tanto de esta noche. Me duele...

—¡Dios mío! —exclamó Carolina casi alegre—. Estás muy equivocada. Confieso que al volver estaba un poco deprimida, pero tu susto me da risa. En honor a la verdad tuve una desilusión. Pero parece que creyeras que me han humillado o algo así. ¡Pero los que tuvieron un disgusto fueron ellos y no yo! Escucha. Como te dije, todo marchaba a pedir de boca. La gente hablaba de sus viajes y de sus parientes distinguidos, lo que me hizo sentirme un tanto extranjera; pero nadie lo notó porque me conduje como una perfecta *snob*. —"Ahí está de nuevo —pensó Helena—, la gran sombra detrás del pequeño objeto de arte."— Y la medianoche llegó. Se sirvió *champagne* a todo el mundo; pero como estábamos bebiéndolo desde temprano, no resultó tan extraño hacerlo a las doce. Se tenía la impresión de que les hubiera alegrado acabar con esa formalidad para poder seguir bailando, chismorreando y flirteando. De manera que cuando se vieron ya libres de la turbación de aquel momento solemne que revistieron de una ironía casi histérica, explotó la bomba.

Miró a su madre, encontrando placer, divertida con la expectativa de esta sabia pausa. Y prosiguió.

—La bomba tuvo la forma del sombrero de copa del señor Morán. Pues éste trataba de escurrirse fuera, pasando cerca nuestro, que estábamos cerca de la alta puerta de entrada, sobre el precioso piso de mármol, cuando la señora Morán lo vió, se abalanzó con una perfecta sonrisa:

—Jeffrey, ¿estás por acompañar a algunas de las chicas a su casa?

—No —dijo él, y su cuerpo grandote tenía un aspecto torpe con las ma-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nazas colgando casi inertes—. Había olvidado una cita con algunos amigos, después de medianoche. Voy al club.

Mirando sus caras, vi que algo andaba mal y traté de alejarme. Pero resultó imposible dada la gran concurrencia; además estábamos en medio de una conversación y no era posible volver la espalda. La señora Gibson trataba de bajar la voz, pero no se daba cuenta que la música de baile en sus oídos le impedía juzgar la potencia de su propia voz:

—Creía que no podíamos salir, por la fiesta de la chica; de otro modo hubiéramos ido a lo de Stanley, como lo tenía proyectado.

El tono de su voz era venenoso. La cara del señor Gibson, huérfana de toda expresión, parecía demasiado grande y bastante vulgar, pues el deseo de agradar, lo había abandonado y era precisamente ese deseo lo que lo hacía parecer buen mozo.

—Eso es otra cosa. Tardaré apenas una hora. Pero prometí por lo menos saludarlos.

La dulce carita de gata de la señora Gibson se endureció. Nunca imaginé que una carita tan irregular e insípida, pudiese endurecerse así:

—Bueno, te acompañaré.

—Absolutamente imposible. No puedes dejar a los chicos. —Hubo una pausa y luego—: Además, somos hombres solos.

La voz de ella bajó a una especie de *aparte* de teatro, unida a la música de la desaforada orquesta:

—Hay baile en el club, no me digas que son todos *fairies*, y que bailan entre hombres.

No pudimos dejar de oír. Algunos sonrieron, otros se sonrojaron y los más delicados empezaron a hablar a gritos para ahogar esas dos voces. ¿Por qué no fueron a reñir detrás de alguna puerta bien cerrada? Pero probablemente el señor Gibson no quería abandonar su posición estratégica junto a la puerta, o quizá después de tanto champagne ninguno de los dos pensaba en nosotros. El tenía el rostro lívido y fofo, y al oír la última observación, se tornó casi obsceno:

—Tienes bastante experiencia en toda clase de anormalidades sexuales, querida. No olvides que lo sé perfectamente y que te tolero en mi casa a condición de dejarme en entera libertad.

Hablaba en una especie de frenesí. Todo esto fué dicho en una especie de murmullo, pero su voz contenida, era como un silbato que se agudiza a distancia.

—¿De modo que debo agradecer tu caridad? —balbuceó—. ¿De modo que...? —No pudo seguir; se ahogaba de rabia.

—¡Caridad! —El soltó una perversa carcajada—. ¿Crees que tendría contigo la caridad que se tiene con un perro? Es por mi hija que te dejo en mi casa. ¡Perra!

Gritó: —¡Tu hija! —Aún los más delicados no pudieron menos que volverse a este grito estridente—. ¡*Tu* hija! ¿Pero no sabes, estúpido, que no es tuya?

El hombre miró a su alrededor como si despertara. Había en su rostro vergüenza y rabia por el escándalo. Empezó a temblar, toda su enorme armazón se sacudía, su rostro se cubrió de una palidez mortal, y se endureció. Después la golpeó.

Mientras tanto yo había llegado al guardarropa, tomé mi abrigo, salí de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la casa corriendo, sin tener la cortesía de despedirme de los dueños de casa. No estaban, seguramente, dispuestos a oír mi cortés: ¡Muchas gracias, una fiesta espléndida!

Carolina reía y Helena se esforzó por hacerle eco.

—Sin embargo —dijo la niña—, todo era sórdido. Al salir afuera me pareció que el aire puro me bañaba, lavándome de toda la suciedad en que involuntariamente me ví envuelta en esa casa. Tenía un ansia por volver a casa, de sacarme ese vestido, que olía a humo frío y perfumes ajenos; por estar bajo un mismo techo contigo y con papá. ¡Qué contenta estoy, mamá, de estar en casa!

Helena sonrió, y tragó sus lágrimas pueriles.

—Eres valiente, Carolina. Pero siento que te hayan aguado la fiesta.

La chica la miró bastante seria.

—No sé. No me parece un completo fracaso. He notado últimamente una tendencia a envidias mezquinas; ahora se me ha concedido mi pequeña porción de desprecio.

—¿De modo que no te cambiarías por ellos? —preguntó Helena entre aliviada e inquieta.

—Mamá —contestó Carolina con una alegre y casi orgullosa sonrisa—, me parece que somos gente muy bien.

LILY POWELL

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CINEMATOGRAFO

Ben Hecht, ex periodista de Chicago, escritor, ensayista, autor de algún argumento de la buena época de Sternberg y del desmayado tema de *Tuyo es mi corazón,* es el autor y director de *El espectro de la rosa,* fantasía dramática y poética de excelente realización.

La vida de los hombres y mujeres especializados en el arte literario, coreográfico o teatral, las manías de un bailarín o el dialecto personal de un escritor, resultan a veces arbitrarios y carentes de realidad para el público. Sin embargo, el cine ha estereotipado los detalles y caracteres expresivos de infinitos personajes, y el público no advierte la convención. Quiere decir que le parecen irreales los personajes que no son habituales en su vida diaria, como un poeta o un astrónomo, pero admite el máximo de convención y falsedad en la descripción de un médico, un estudiante aplicado y tímido, una periodista siempre resuelta y emprendedora. En *El espectro de la rosa,* por ejemplo, el habituado a estas convenciones puede encontrar a primera vista un ambiente falso. Poco después advierte que no es falso sino extraño, propio de un círculo especial o de una profesión. El poeta parece un poco absurdo porque habla siempre con frases geniales o falsamente geniales. Sin embargo, está dentro de la lógica de su profesión hablar diferente del vulgo. Y tanto él como la bailarina, el empresario y la profesora de baile tienen un fondo indudable de calidad expresiva y humana. También el burgués, que paga los gastos de una fiesta y se considera honrado de convidar a artistas. Surge como un contraste y define dos estilos de vida, que se complementan.

Excelentes paradojas, aciertos verbales y definiciones por contraste o modo indirecto en uno de los personajes (el poeta), diálogo más tranquilo pero siempre eficaz en los otros, creación literaria de una atmósfera de poesía y locura, son pruebas del talento de Ben Hecht.

Con *Albéniz* llega el cine nacional a la cumbre de la perfección en su desarrollo. Pero es una cumbre desolada, engañosamente brillante y fría. Hay una excelente dirección, pero los temas, los recursos, el elemento humano son mediocres, tontos y tan convencionales que puede adivinarse segundo por segundo lo que va a ocurrir. El carácter español es definido, entre otras formas, por el gesto de despreciar el dinero y prender el cigarrillo con los billetes. Es lo de Marquina: "¡España y yo somos así, señora!". Es lamentable, pero

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

parece que España acepta el aniquilamiento paulatino y el ridículo a que la somete el fervor de sus admiradores.

El trabajo directivo de Luis César Amadori revela a este realizador como uno de los más capacitados de nuestro ambiente. Procura en lo posible no fotografiar grupos inmóviles, mueve la cámara con agilidad y matiza el lento curso del film con detalles circunstanciales acertados. La sugestión del pasado mediante la presentación sumaria y fugaz de personajes conocidos por el público, que parece ser un recurso insustituíble para lograr aquel efecto, es efectuada sin esa insistencia que convierte a otras películas en una especie de miscelánea de archivo.

Pedro López Lagar realiza un buen trabajo, pero en los momentos dramáticos está más sollozante que intenso, aspecto, por otra parte, común en nuestros primeros actores; el niño Otero, en la personificación de la infancia de Albéniz, actúa en buena forma, lo mismo que Sabina Olmos.

Lewis Milestone, realizador de *Sin novedad en el frente,* vuelve al tema guerrero con *Un paseo en el sol,* excelente film realista que constituye, después de *También somos seres humanos,* e *Hidalgo de los mares,* quizá la mejor producción de ese estilo realizada en los últimos años. Con ponderable equidad y el mínimo de patriotismo, es descripta una operación de guerra en Italia y, sobre todo, los estados de alma de varios soldados durante la misma.

El diálogo, profuso pero efectivo, completa la definición de los tipos cuyos rostros adelantan una vida intensa y torturada durante el peligro y en la espera. En este juego a la vez teatral y literario, realizador y argumentista se complementan de manera eficaz. Para algunos espectadores, el excesivo localismo de las expresiones y alusiones es un inconveniente; no lo es para la unidad del film, intenso, angustioso por momentos y siempre profundamente realista.

En muchos films americanos y en todos los rusos, los héroes respectivos están predestinados al triunfo, son decididamente bellos, los alemanes o zaristas de turno son rechonchos, grasosos y finalmente cobardes y el triunfo de la justicia es infalible. Entre nosotros, los noticiarios con propaganda del gobierno emitida por un locutor tarado y con el beneplácito y presencia del arzobispo, son un aviso de lo que vendrá. En *Un paseo en el sol* en cambio, el patriotismo es lo de menos y del enemigo sólo se presenta una mano crispada y muerta.

Dana Andrews comparte con un grupo de grandes actores los méritos de una extraordinaria interpretación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pinturas
Esmaltes
Barnices
Lacas

ALBA

CENTENERA 2750 BUENOS AIRES

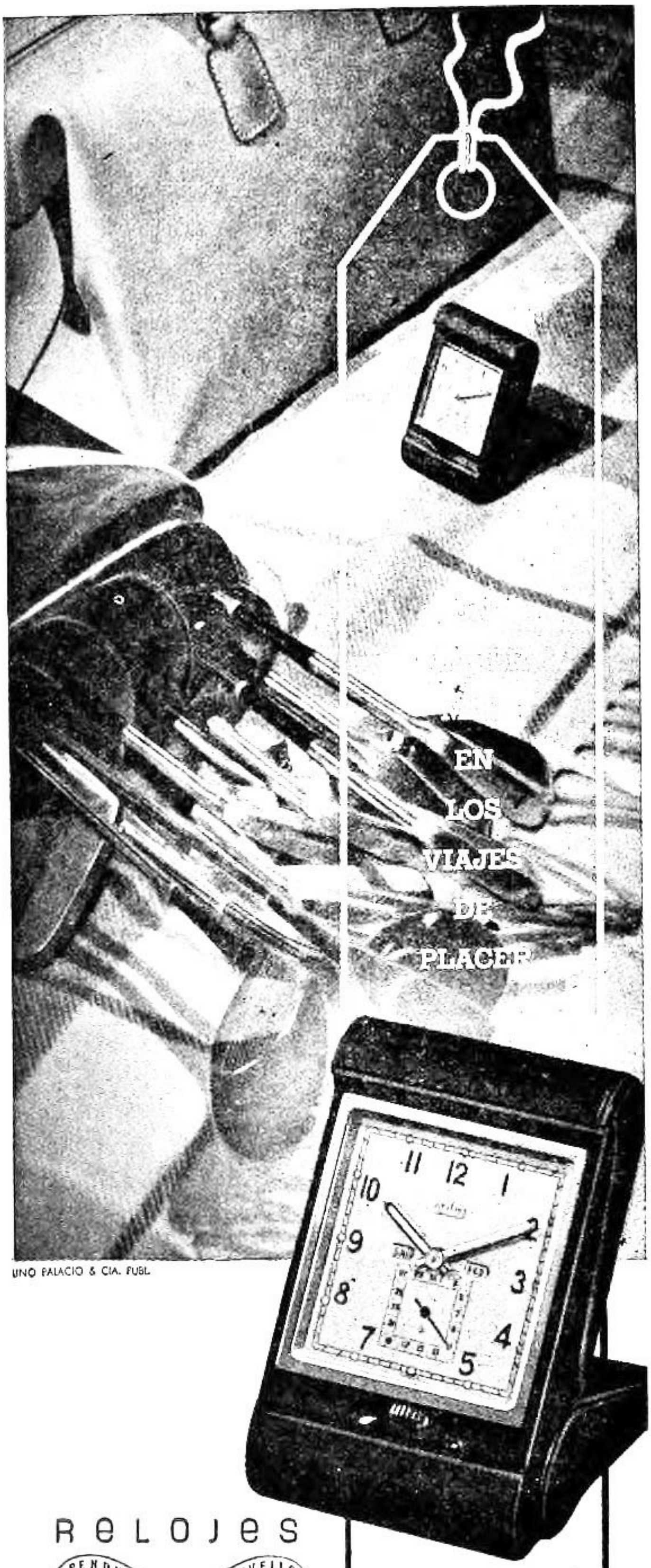
LOS ANALES DE BUENOS AIRES

Condiciones de Suscripción:

ANUAL ..... $ 12
PROTECTOR ..... $ 25

Dirección y Administración
Avenida ROQUE SAENZ PEÑA 1119 — BUENOS AIRES — T. A. 35, LIBERTAD 8512

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



UNO PALACIO & CIA. PUBL.

RELOJES

PENDULETTES ET REVEILS
ANGELUS
CHRONOGRAPHES
1891

$ 1.30 m/n

ARTES GRAFICAS
R. U. CHIESINO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar